

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

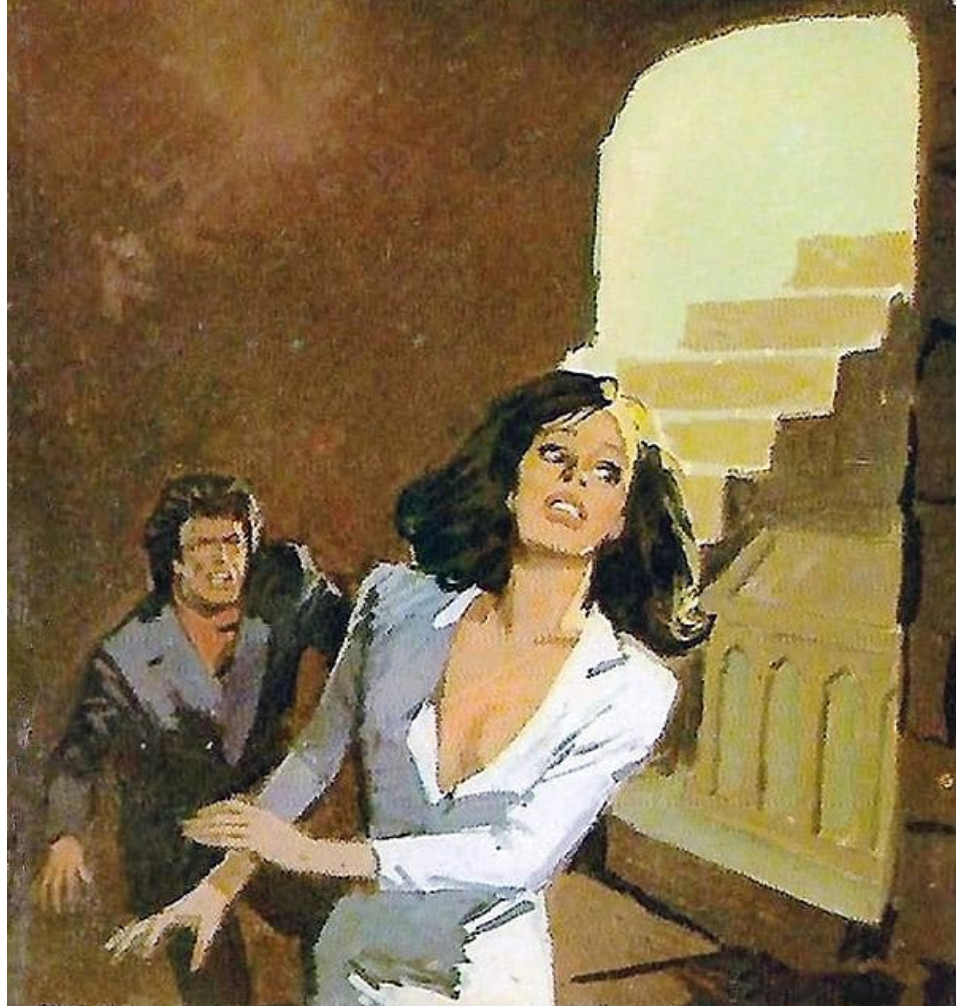
BOLSILIBROS



POLICIACO

**LOS
VERDUGOS
NO DEBEN
AMAR**

***Burton
Hare***



Un gran coche negro, reluciente, se detuvo ante el edificio principal del aeropuerto de Niza. Las brillantes luces convertían la noche en día, y una multitud de hombres y mujeres entraban y salían apresurados a pesar de la hora tardía.

Del gran sedán negro se apearon cuatro hombres. Por unos instantes permanecieron quietos al lado del coche. Tres de ellos eran altos, bien proporcionados, y si uno se fijaba en sus expresiones podía captar la tensión con que escrutaban los alrededores.

El cuarto era de baja estatura, más bien rechoncho, y casi desaparecía en medio de sus acompañantes.

Uno dijo:

—Al parecer todo va bien.



Burton Hare

Los verdugos no deben amar

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1723

ePub r1.0

Lds 19.11.17

Título original: *Los verdugos no deben amar*

Burton Hare, 1983

Colección

SERVICIO

SECRETO

n.º 1723. Bruguera – 1983

Colección

PUNTO

ROJO

n.º 13. Ediciones B – 1990

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Un gran coche negro, reluciente, se detuvo ante el edificio principal del aeropuerto de Niza. Las brillantes luces convertían la noche en día, y una multitud de hombres y mujeres entraban y salían apresurados a pesar de la hora tardía.

Del gran sedán negro se apearon cuatro hombres. Por unos instantes permanecieron quietos al lado del coche. Tres de ellos eran altos, bien proporcionados, y si uno se fijaba en sus expresiones podía captar la tensión con que escrutaban los alrededores.

El cuarto era de baja estatura, más bien rechoncho, y casi desaparecía en medio de sus acompañantes.

Uno dijo:

—Al parecer todo va bien.

Otro replicó:

—No intentarán nada en un lugar tan concurrido como éste. De cualquier modo, la cosa está organizada en su obsequio. Espero que les guste.

—Vamos.

El más bajo y rechoncho echó a andar. Inmediatamente, se colocó uno de los otros a cada lado, y el cuarto hombre les vio entrar en la terminal y cuando hubieron desaparecido encendió un cigarrillo, se metió en el coche y éste emprendió la marcha de regreso a Niza.

En la terminal los altavoces anunciaban el vuelo a París, llamando a los viajeros y dando las instrucciones habituales.

Los tres hombres atravesaron la gran sala entre la multitud. No llevaban equipaje. Ningún equipaje, excepto pesadas pistolas en ingeniosas fundas axilares.

Había una larga fila de viajeros esperando para cruzar el detector de armas. Dos gendarmes controlaban a los viajeros y al aparato.

Los tres hombres no llegaron a la fila de viajeros. Torcieron a la derecha y uno de ellos empujó una puerta. Un oficial sentado tras una mesa levantó la cabeza.

Los dos hombres altos mostraron un documento. Uno dijo:

—Creo que ya le han dado instrucciones, capitán.

—Así es.

Salió de detrás de la mesa, dio una curiosa mirada al silencioso hombrecillo que parecía inquieto y asustado entre los dos gigantes, y luego señaló una puerta lateral.

—Por aquí —dijo.

Le siguieron. Más allá de la puerta había otra oficina, desierta. La atravesaron. El oficial abrió paso y se encontraron en una sala equipada para conferencias, también desierta.

—Eso es todo lo que me dijeron que debía hacer —gruñó el capitán, echándose a un lado—. Por aquí saldrán a las pistas.

—Gracias.

Oyeron cerrarse la puerta a sus espaldas y caminaron sin hablar, buscando las zonas menos iluminadas.

Uno rezongó:

—Aquí es donde pueden intentar algo...

—No creo.

El avión esperaba bañado de luz. Al pie de la escalerilla había una azafata con el gracioso uniforme de la Air France.

Les observó mientras se aproximaban. La expresión de su rostro era de curiosidad, ante lo anómalo de aquellos tres individuos y de las instrucciones que había recibido.

Le mostraron el mismo documento que al capitán. Apenas si le dio un vistazo.

—Está bien, tienen reservados los asientos que nos indicaron. Síganme.

El interior del avión tenía un aire confortable. No había nadie todavía. Ella les condujo a los últimos asientos de primera clase. Detrás de ellos no había ninguno más.

En su oficina, el capitán disco un número en el teléfono:

—Ya están en el avión —dijo cuando obtuvo comunicación.

Escuchó unos instantes.

—Maldito si sé qué clase de juego está en marcha, pero de cualquier modo se ha hecho todo según las instrucciones. No, ningún problema... Está bien.

Colgó. Por unos instantes se quedó mirando el teléfono como si el aparato pudiera despejar su curiosidad. Luego, encogiéndose de hombros, encendió un cigarrillo y abandonó el despacho.

Salió al exterior. Los viajeros se dirigían entonces al avión. El rumor de sus conversaciones llegó hasta el oficial.

Una carretilla eléctrica pasó zumbando abarrotada de equipajes.

El capitán habría dado cualquier cosa por saber quiénes eran los hombres que habían pasado por su oficina, y qué maldito embrollo se llevaban entre manos para andarse con tanto misterio.

Pensaba que además de las concisas instrucciones, muy bien habrían podido ponerle al corriente de lo que sucedía en sus propias narices. Él no era un cualquiera después de todo, sino el jefe de seguridad del aeropuerto.

Sin embargo no sabía nada de nada.

Inesperadamente los motores del *jet* lanzaron un aullido y atronaron la noche. Se quedó mirando el gran avión mientras maniobraba lentamente dirigiéndose a la cabecera de la pista.

Tiró el cigarrillo y encendió otro. Vio a lo lejos las parpadeantes luces del *jet* y contempló cómo se lanzaba por la pista a creciente velocidad. Le vio levantar la proa y elevarse con el ensordecedor aullido de sus motores elevándose con él.

Dio media vuelta y regresó a su despacho.

Aún muy bajo, el avión pasó como un rayo por encima de la dorada arena de las playas de *Cros-de-Cagnes* y ganó altura, ladeándose graciosamente sobre el mar buscando su rumbo.

Pasó por encima del cabo de Antibes, rugiendo y elevándose más y más; una silueta plateada con ojos parpadeando en la noche.

Y entonces estalló.

La aeronave se convirtió en una bola de fuego que pareció crecer, hincharse como un inmenso globo rojo, instantes después el estampido de la explosión llegó a tierra, mientras fragmentos de metal y de carne volaban en todas direcciones como una lluvia infernal de muerte y desolación.

El capitán acababa de sentarse cuando oyó el monstruoso

estallido. Dio un brinco y corrió fuera del despacho, a tiempo de captar el enloquecido marmagnum en que se habían convertido sus dominios.

Cuando salió al exterior, aún a tiempo de ver la lejana bola de fuego que se desplomaba del firmamento, los pelos se le pusieron de punta.

La gente chillaba enloquecida. Empezaban a oírse sirenas por todas partes. El capitán pensó que alguien acababa de abrir las puertas del infierno.

* * *

Desde la ventana de la impersonal oficina podía contemplarse una panorámica de Park Lane. Brillaban los faroles y apenas si transitaba nadie por las aceras.

El hombre parado junto a la ventana oía al otro a sus espaldas. Sólo escuchaba monosílabos, pero era más que suficiente para saber que algo andaba mal.

Arrancó una nube de humo de la pipa y se volvió.

El otro colgaba el teléfono en aquel instante.

—¿Qué pasa, Harry, algo se estropeó?

Harry tenía la amplia frente bañada en sudor.

—Puedes decirlo así. Han volado el avión con que se dirigían a París.

La pipa casi escapó de sus dientes.

—¡Cristo! Alguien debe haberse vuelto loco; no es su estilo, Harry...

—El caso es que el avión estalló. Más de setenta muertos por una estupidez. ¡Condenación!

—Es lo más absurdo que oí jamás. Nunca pensé que quisieran matarlo por muy importante que fuera.

—Todos creíamos que lo querían vivo. Quizá las dificultades para cazarlo les han hecho actuar a la desesperada, aunque nunca antes...

Llamaron a la puerta y los dos hombres cambiaron una mirada.

—¿Esperabas a alguien?

Harry sacudió la cabeza.

—No, pero quizá haya alguna noticia de la oficina central.

Fue a la puerta y la abrió.

Tan pronto la puerta giró se escuchó una suerte de chapoteo sordo, letal, y Harry dio un salto atrás empujado por un huracán de plomo.

El otro hombre hundi6 la mano en la axila al tiempo que trataba de agazaparse detras de una butaca.

Nunca llegó. La mortal ráfaga del arma equipada con silenciador le zarandeó, casi elevándole en el aire. El cuerpo ya muerto golpeó la butaca, la derribó y finalmente quedó quieto, hecho un ovillo sobre la alfombra.

Los dos intrusos examinaron los cadáveres, asegurándose de que estaban muertos.

—Ya podemos largarnos —gruñó uno de ellos—. Ésos no volverán a crear problemas a nadie.

—Creí que nos darían más trabajo. Después de todo, no son tan buenos como dicen...

Apagaron las luces y abandonaron la estancia cerrando la puerta cuidadosamente.

Poco después un coche emprendió la marcha, alejándose por Park Lane como un oscuro fantasma.

En cierto modo lo era: el fantasma de la muerte.

CAPÍTULO II

El sol se hundía en el ocaso cuando Mike Romaine se detuvo en la acera, delante de una casa de dos plantas, en la Rue Valerie.

Desde donde estaba, la casa del otro lado de la calle no tenía nada sobresaliente. Era un pequeño edificio como casi todos los demás, pulcro, limpio, impersonal. Pero a Mike Romaine no era el aspecto de la casa lo que le interesaba.

Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno, aprovechando para dar un vistazo arriba y abajo de la calle.

No vio nada sospechoso. Todo está tranquilo, y ninguno de los escasos viandantes le prestaba una atención particular.

Por la esquina aparecieron cuatro chicas. Vestían solamente un bikini, y algunas llevaba sobre los hombros una corta capa de baño. Venían de la playa, y hablaban y reían como una bandada de pájaros.

Dejaron de reír al cruzar delante del hombre parado en la acera. Le miraron con mucha más atención que quienes habían pasado hasta entonces, porque había algo en Mike Romaine que atraía a las mujeres. Tal vez fuera su figura delgada, de poderosos hombros y largos brazos, musculados como los de un luchador.

O quizá la vacía expresión de sus ojos grises, que destacaban implacables en un rostro tostado por el sol.

Aunque más probablemente fuera la extraña sensación que se desprendía de él, algo indefinible que a las mujeres les intrigaba; era como una aureola invisible que le diferenciaba de los demás hombres, como se diferenciaría un león adulto entre un rebaño de corderos.

Las muchachas se alejaron cuchicheando. Mike aún oyó sus voces y risas un buen rato y luego las olvidó.

Entonces atravesó la calle y penetró en el portal. Había una puerta a la derecha y unas escaleras al fondo.

Subió las escaleras pisando como un gato. Arriba, en el rellano, vio una sola puerta. Conocía perfectamente la casa, porque en otro tiempo él había ocupado aquel piso.

Escuchó con el oído pegado a la puerta. No pudo captar el menor signo de vida en el interior. Así que llamó suavemente con los nudillos y esperó.

No hubo ninguna reacción.

Romayne se enderezó, dando la última chupada al cigarrillo.

Arrojó la colilla y empezó a trabajar en la cerradura con una habilidad que ya habrían querido para sí no pocos revienta pisos. Tres minutos después la puerta cedió y él se coló dentro, cerrando a sus espaldas en silencio.

Miró el reloj. Pasaban diez minutos de la hora de la cita, de manera que «él» debiera haber estado allí, esperándole.

Y estaba.

Pero muerto.

Tirado al pie de un diván, la sangre había encharcado el suelo de losetas y ya estaba seca.

Mike gruñó:

—No te trataron muy bien, muchacho...

Miró alrededor. La penumbra invadía el apartamento. Había escasas huellas de lucha, de modo que el pobre Purcell no había tenido oportunidad de defenderse, lo cual equivalía a suponer que los asesinos habían sido varios para poderle dominar mientras le torturaban. Purcell había sido un tipo muy duro.

En pocos minutos hubo revisado todo el piso, sin encontrar nada que sirviera a sus propósitos. Si Purcell había conseguido alguna pista sus asesinos se habían ocupado de hacerla desaparecer.

Encendió otro cigarrillo y abrió la ventana. La noche había cerrado y las luces de la calle se le antojaron pálidas en la oscuridad. Pensaba en que la muerte de Purcell le colocaba en un callejón sin salida, porque todo se había basado en los informes que Purcell había reunido. Ahora habría que volver a empezar y maldito si sabía por dónde.

Plantado ante la ventana contempló distraídamente la hermosa panorámica de Cannes incendiándose de luces en la noche. El aire

salobre del mar llegaba como una bendición después del bochorno del día.

Mike maldijo para sus adentros, casi con método, una y otra vez.

El rumor de la calle, las voces y risas de los escasos viandantes le llegaban desdibujados, confusos, como si procedieran de otro mundo lejano y ajeno a él. Eran gentes despreocupadas y alegres en busca de diversión, en ese paraíso donde ignoraban que también se agazapaba la muerte.

Sacudió la cabeza. Sus ideas danzaban sin rumbo, cual si la mente quisiera evadirse del problema que la muerte de su amigo la planteaba.

Justo en aquel momento, una voz suave y lánguida a sus espaldas ordenó:

—¡Levante las manos y no se vuelva, *monsieur*!

Se quedó rígido un instante y después se relajó. Apenas sin advertirlo conscientemente, admiró el sigilo de la mujer. No la había oído entrar ni forcejear en la cerradura.

La voz suave como el terciopelo añadió:

—Estoy vigilándole, mon ami, y tengo una pistola, así que no haga nada sospechoso, ¿sabe?

—Todo el mundo tiene pistola en estos tiempos. Yo también tengo una. ¿Puedo volverme?

—Hágalo y le mataré.

La voz aún fue suave, pero era una suavidad letal que a él le hizo comprender que no amenazaba en vano. Había una determinación implacable en la voz, de modo que siguió quieto y dijo:

—Hermana, usted aprendió en una buena escuela, pero tiene todo un problema entre manos, porque sólo puede hacer dos cosas: o pegarme un tiro sin más o quitarme la pistola. Si lo intenta habrá de acercarse y entonces la cazaré, así que decídase pronto.

—¿Dónde está Paul?

La pregunta le sorprendió.

—¿Se refiere a Purcell?

—Paul Purcell, exactamente. ¿Dónde está?

—Cerca. Si enciende la luz podrá verlo.

—No intente jugar conmigo, mon ami...

—Si de algo estoy seguro es de que no soy su amigo. Encienda la

luz.

Tras él la mujer titubeó. Luego tanteó la pared, hasta que sus dedos hallaron la llave de la luz.

Aún esperó unos instantes, vigilando la recia silueta del hombre recortado contra la ventana. Después la luz brilló, ella vio el ensangrentado cadáver y no pudo contener un ahogado quejido.

Mike se volvió despacio. La muchacha había quedado igual que petrificada. Realmente, sostenía una pequeña pistola en la mano, pero la atroz visión del muerto la había aturdido.

—Ahí lo tiene —gruñó Mike con calma—. Quizás usted sepa quiénes hicieron ese sucio trabajo.

Ella no replicó. A medida que descubría los detalles de lo que alguien había hecho con el desgraciado, el espanto la desarbolaba por completo.

Mike avanzó unos pasos y de un zarpazo le arrebató la pistola. Sólo entonces ella dio un respingo y esbozó un gesto violento tratando de recuperar su arma, pero él ya estaba fuera de su alcance.

—Tranquila, gatita. Esto no es un juego de sociedad, de modo que no me siento de humor para andarme con sutilezas. ¿Quién es usted?

—¡Maldito sea! Le ha matado...

—¿A Purcell? Seguro que fui yo y me quedé aquí para recrearme en mi obra. Hace horas que murió. ¿Eso es todo lo que se le ocurre?

—No comprendo, él...

—Vamos, continúe.

—No sé qué pensar.

—Eso no necesita jurarlo, pero por corto que sea su intelecto piense en una buena razón para justificar su presencia aquí. A propósito, ¿cómo demonios entró?

—Tengo una llave.

—¡No me diga!

—¡Paul me la dio, era mi amigo!

—También fue amigo mío y yo no tengo la llave de la puerta. Oiga, ¿se acostaban juntos?

—¡Bastardo!

—Gracias. Usted era amiga de Paul, tenía una llave de la casa y vino aquí armada con esta pistola sólo por él se negaba a llevarla a

cenar, ¿eh, muñeca?

—¿Quién es usted?

—Esa misma pregunta la hice yo antes, y de momento soy quien lleva la batuta en este concierto. Empecemos por su nombre, si le parece. Y no me obligue a utilizar otros argumentos para conseguir respuestas. El hecho de que sea una chica mona no evitará que la haga pedazos si es necesario.

La muchacha se estremeció. Captaba la siniestra aureola que parecía envolver a aquel hombre, tan distinto de cuantos conociera hasta entonces. La dureza de su voz, la aparente languidez de su actitud que encerraba una fuerza y una tensión siempre alerta, le demostraron que estaba ante alguien que no titubearía en matar si la ocasión lo requería.

—Mi nombre es Gabrielle —claudicó al fin.

—Apuesto que sus amigos la llaman Gabi, pero eso no es suficiente para mí.

—Valberg.

—Muy bien, ya hemos avanzado un paso. Siga con el resto.

—Eso es todo lo que voy a decirle.

—Oh, no, querida, necesito saber mucho más; no imagina usted cuánto quiero saber, de modo que siga hablando.

Ella sacudió la cabeza. Mike Romaine se encogió de hombros.

—Un hombre ha muerto, nena. Le han hecho un feo trabajo sobre su cuerpo y alguien va a pagar por eso. Me vuelvo muy desagradable en estos casos y usted va a comprobarlo por sí misma.

Se metió la pequeña pistola en el bolsillo. Hubo un pesado silencio entre los dos, y de repente él dio un brinco y apagó la luz.

Gabrielle se volvió, perpleja. Él musitó:

—¡Silencio!

La muchacha contuvo el aliento, impresionada por el imperativo de aquella voz. Durante unos instantes no se escuchó absolutamente nada, sólo la lenta y acompasada respiración de él. Luego, allá fuera en la escalera, hubo una suerte de breve roce que atirantó los nervios de la muchacha hasta extremos dolorosos.

Mike se deslizó como una sombra hasta quedar pegado a la pared. Dio un vistazo a la muchacha, cuya silueta se recortaba delante de la ventana.

Ella dejó escapar el aire retenido en los pulmones y de repente

recordó que al entrar no había vuelto a cerrar la puerta, precisamente para no hacer ruido. Era demasiado tarde para rectificar el error.

La puerta estaba girando en silencio. Alguien se erguía allí, tenso, quieto, adaptándose a la oscuridad y captando así la presencia de la muchacha.

Una voz bronca, con extraño acento, ordenó:

—No te muevas, chica. Estuve siguiéndote todo el tiempo, ¿sabes? Tú y yo vamos a divertirnos un poco.

Ella balbuceó:

—¿Quién está ahí?

—¿Quieres conocerme? —Se escuchó una risita que producía escalofríos—. Eso es malo para ti, porque soy el último hombre que verás en este mundo.

Ella emitió un tenso suspiro y después apretó los labios.

El hombre entró cautelosamente.

—¿Dónde infiernos está la luz? —rezongó—. Déjame verte bien, porque eres la mujer más bella que conocí jamás. Lástima que...

El intruso avanzó dos pasos más. Mike Romaine saltó sobre él como disparado por una catapulta. Un seco trallazo descargado con el borde de la mano rompió la muñeca del asesino como si hubiera sido una caña. La pistola voló por los aires al tiempo que el hombre gritaba.

Unos brazos de acero le atraparon. Sintió como si un cepo se cerrara en torno a su garganta y no supo si era más el dolor de su muñeca rota o el que sentía en torno al cuello, ahogándole salvajemente.

Mike gruñó:

—¡Enciende la luz, Gabi!

Ella corrió hacia la pared y, cuando la luz brilló, vio al criminal debatiéndose inútilmente entre los férreos brazos de Mike. Era un individuo grande, de rostro pálido y ojos pequeños y muy juntos.

—¿Le habías visto alguna vez? —le espetó Romaine.

—No, nunca.

—Pero él quería matarte, ¿por qué?

—No lo sé.

—Bueno, ¿por qué, matarife? —repitió, apretando un poco más la presión del brazo en torno al cuello del desconocido.

Éste boqueó. Sus ojos parecían a punto de saltarle de las órbitas. Un tinte morado comenzaba a extenderse por su rostro y las piernas se le aflojaron.

—¿Por qué? Habla o termino de una vez.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Bien, si es así como lo quieres...

La presión aumentó. El tipo abrió la boca y la lengua asomó fuera. Dejó escapar un estertor angustioso tratando de hablar.

Mike gruñó:

—¿Conforme, hijo de perra?

Asintió.

Romayne aflojó un poco el dogal que le mataba. El hombre respiró angustiosamente, con un largo quejido. Luego, casi sin voz, jadeó:

—Yo... sólo me ordenaron matarla...

—¿Quién?

—Luchese.

—¿Quién es Luchese?

—Él manda. Nosotros obedecemos.

—Eso no me aclara nada. ¿Te mandó matar al inquilino de este piso?

—No, yo no; sólo a la chica...

—¿Quién lo mató, si no fuiste tú?

—Ellos... los otros...

—Mandados por Luchese, ¿eh?

—Sí.

—¿Dónde está Luchese?

—En Venecia.

—Estás mintiendo.

—¡No!

Mike volvió a presionar con su férreo brazo y el hombre gimoteó, ahogándose.

—¡Quiero la verdad, matarife!

—¡Estoy diciéndola, pero usted no me cree!

—Empecemos otra vez. ¿Por qué seguías a la chica, por qué tenías que matarla?

—Ella trabajaba con ese hombre.

—¿Con Purcell?

—Sí.

—Ya veo...

Gabrielle contuvo el aliento. Los dos hombres le daban la espalda. Cautelosamente se deslizó hacia la puerta.

Mike indagó:

—¿Quién es ella, compañero?

—¿No lo sabe usted?

—Si lo supiera no lo preguntaría.

La muchacha cruzó la puerta abierta y desapareció sin que Romaine lo advirtiera, de modo que dijo:

—Atención, nena. Este fulano es más comunicativo que tú. ¡Vamos, camarada! ¿Quién es?

—Trabaja para el

S. D. E. C.

—¿Para el contraespionaje francés?

—¡Sí, sí!

—¿Oyes eso, Gabi, tienes algo que decir?

Al no obtener respuesta ladeó la cabeza y descubrió así su desaparición. Maldijo entre dientes, pero no se preocupó demasiado.

Soltó al individuo, pero le incrustó en la espalda el cañón de su pistola, y era una «Magnum» de gran calibre. Le registró, comprobando que no llevaba armas encima, y entonces se apartó lo suficiente para que el frustrado asesino pudiera volverse.

—Vamos a ver si nos entendemos. ¿Para quién trabaja ése Luchese?

—No lo sé. Él manda, eso es todo.

—¿Tú crees?

—Paga bien.

—Y está en Venecia, ¿eh?

El hombre asintió con un gesto, todavía respirando con dificultad y sosteniéndose la muñeca rota con la mano izquierda.

—¿Dónde puedo encontrar a tu jefe en Venecia?

—Todo lo que sé es que tiene alquilada una villa. Yo nunca estuve allí.

—¿Dónde, qué dirección?

—¡Maldito sea! No lo sé. Nunca lo supe. ¡Tiene que creerme!

—¡Con un demonio! Empiezo a considerar la idea de darte el

mismo tratamiento que tus camaradas le han dado a Purcell, así que no me tientes. ¿Dónde?

Tras un quejido, el hombre murmuró:

—Todo lo que oí decir es que la villa pertenece a alguien llamado Xanakis; no sé más.

—No es mucho.

—Yo recibo órdenes, no me dan explicaciones.

—Eso puede ser verdad o puede no serlo. Se me ocurre que cuando tus compinches sepan que has hablado por los codos no te tratarán muy bien, ¿eh, muchacho?

—No... no lo sabrán. Me matarían.

—Ahí es donde te equivocas. Yo me ocuparé de que se enteren con todos los detalles.

El rufián dio un respingo. Casi olvidó el dolor y la angustia ante el embate de terror.

—¡No puede hacerme eso! —chilló—. Mejor sería que me pegase usted un tiro.

—Tal vez lo haga, a menos que puedas ilustrarme sobre otros aspectos de este asunto.

—¡Le juro que no sé nada! Me dijeron que siguiera a esa mujer y que si venía a este piso la liquidara, eso es todo. Nunca discuto las órdenes de esta clase.

—¿Cuándo llegaste a Cannes?

—Hace dos semanas que mis compañeros y yo estamos aquí.

—Eso me interesa. ¿Dónde están esos compañeros?

El hombre suspiró, completamente desmoralizado.

—Hotel

D'Azur

—murmuró a regañadientes.

—¿Nombres?

Nueva vacilación, pero el movimiento leve de la poderosa «Magnum» ante sus narices le decidió:

—Vanini...

—¡Sigue, maldita sea!

—Anton Zog.

—¿Hay más?

—No.

—¿Fueron ellos quienes mataron a Purcell?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Cómo voy a saberlo? Ordenes, eso es todo.

—¿De Luchese?

—Es el único que puede darlas.

—Tal vez, pero hay algo muy raro en tu historia... algo que no encaja.

La pistola se movió como una cosa viva en la mano de Romaine. El forajido se estremeció.

—¡No dispare! Le he dicho la verdad, todo lo que sé.

—Sólo que yo no te creo. ¿Cómo sabía ése Luchese desde Venecia a quién había que eliminar y a quién no? Hay alguien aquí, en Cannes, que da las órdenes.

El asesino no replicó. El pánico le producía violentos estremecimientos.

Mike señaló la puerta.

—Tú y yo vamos a hacer una visita a tus camaradas. Y recuerda que la primera bala que salga de esta pistola, si me veo obligado a disparar, irá recta a tus sesos. ¿Entendido?

—¡No puedo ir de un lado a otro con una muñeca rota!

—Sigue así y corres el riesgo de que sea tu cabeza la que se rompa, así que piénsalo. Puedes ocultar la mano en el bolsillo, por ejemplo; de cualquier modo, andando.

Le empujó sin contemplaciones y el pistolero trastabilló hacia la puerta. Bajaron las escaleras uno tras otro.

Antes de llegar a la calle, Mike enroscó un corto silenciador a su arma.

Echaron a andar juntos. Pronto discurrieron por una calle más concurrida.

El rufián murmuró:

—Usted no se atreverá a disparar en medio de la calle.

—Sólo tienes que hacer la prueba si quieres suicidarte.

—Hay demasiada gente, le cazarían al instante...

—Estás intentando infundirte valor a ti mismo para intentar escapar. Por mi puedes probar suerte cuando quieras.

El pistolero lo pensó un poco. Llegaron a una calle que descendía en pendiente hacia el mar, y casi al final resplandecía el rótulo del hotel

D'Azur.

Entonces llegaron a una estrecha calle lateral. El hombre dio un salto de costado y desapareció en la oscuridad.

Romayne saltó tras él. Descubrió al fugitivo cuando cometió la torpeza de atravesar la calle bajo la luz de un club nocturno. La pistola pareció toser una sola vez.

El hombre que corría dio un brinco en el aire, giró sobre sí mismo y se estrelló de cara contra la pared.

Sin apresurarse, Mike Romayne retrocedió hasta la esquina guardándose la pistola. Una mujer gritó en alguna parte, dentro del callejón.

Para cuando llegó a la marquesina azul y blanca del hotel, había bastante agitación a mitad de la cuesta, allá atrás.

Rechinaron los dientes y entró en el hotel.

CAPÍTULO III

Anton Zog era un individuo delgado, apuesto, vestido con esmero y cuyos ademanes delataban un temperamento perezoso y lánguido, excepto cuando se trataba de matar. Entonces se volvía activo y centelleante como un demonio.

Le gustaba el vino francés y sólo lamentaba tener tan pocas ocasiones de saborearlo.

—Te aseguro que si no fuera por la aduana me llevaría tantas cajas como pudiera trasladar —dijo, llevándose el vaso a los labios.

Vanini, un italiano de piel aceitunada y ojos oscuros, estaba tendido en un diván fumando en silencio. A juzgar por la expresión de su rostro, no estaba precisamente satisfecho.

En consecuencia no replicó. Tenía otras cosas en qué pensar.

Anton Zog insistió:

—Sea cual sea la marca, todos esos vinos son muy superiores a los de tu tierra, muchacho.

—Bueno.

—Ni siquiera me escuchas.

—¿Crees que no tengo nada más en que pensar?

—Otros piensan por ti —filosofó Zog—. Yo pienso en el vino, la paga y las mujeres, por ese orden.

—Tú eres un ave fría.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

—Olvidalo. Ya debería haber llamado.

El yugoslavo Zog se encogió de hombros. Dio un vistazo a la botella y pensó que aún quedaba suficiente para esperar otra media hora.

Llenó el vaso. Luego murmuró:

—Cuanto más tarde más tiempo disfrutaremos de Cannes;

porque no creo que tengamos nada más que hacer aquí.

—Supongo que no. A menos que sea cierto que los americanos han mandado a otro de sus bastardos.

—Por lo que yo entiendo, ahora ya no importa.

—Tú no sabes nada de nada, lo mismo que yo. A veces pienso que nos tienen como a bestias sin seso.

—Tú piensas demasiado para hacer el trabajo que haces.

Vanini se disponía a replicar cuando alguien llamó a la puerta.

Zog dejó el vaso sobre la mesa y se levantó.

El italiano gritó:

—¿Quién está ahí?

—Telegrama, señor —anunció una voz.

—No esperamos ningún telegrama. De cualquier modo échelo por debajo de la puerta.

—Imposible. Debe firmar el recibo, señor. Es un telegrama procedente de Venecia.

Los dos dieron un respingo.

—¡Un momento!

Zog gruñó:

—Creí que nos llamaría por teléfono...

Y se dirigió a la puerta.

La abrió. Sonó un «plop» sordo, apenas audible, y el yugoslavo pegó un salto atrás, doblándose.

Cuando Vanini quiso reaccionar era demasiado tarde. El intruso se había colocado dentro de la habitación y cerrado la puerta. En su mano basculaba una tremenda pistola equipada con silenciador, un silenciador como él no había visto nunca otro tan pequeño y efectivo a un tiempo.

Mike Romaine le advirtió:

—Mueve un dedo y te mueres. ¿Quién eres tú, Zog o Vanini?

Zog emitió un leve quejido desde el suelo, donde permanecía enroscado, hecho un ovillo.

El italiano barbotó:

—Vanini.

—Coloca las manos detrás de la cabeza y no se te ocurra bajarlas.

Romaine se inclinó para arrebatarse al herido el revólver que llevaba en una funda axilar. Luego se enderezó.

—Muy bien, tú también debes llevar artillería. Saca la pistola y déjala caer al suelo, pero hazlo con mucho cuidado si quieres vivir un poco más. Soy un tipo muy nervioso.

El italiano dejó caer su pistola al suelo. Era una «Beretta» de calibre medio.

—Ahora retrocede hasta la pared con las manos en la cabeza... así, despacio, sin bajarlas. Sabes lo que te conviene.

Mike se apoderó de la «Beretta». Tras esto arrastró el cuerpo del agonizante Zog hasta dejarlo tirado a los pies del asustado italiano.

—Para que no abrigues esperanzas —gruñó Mike—, te diré que tu compinche encargado de matar a la muchacha ha muerto. También te diré que he oído hablar de Luchese y de la villa alquilada en Venecia. Tú vas a decirme dónde está esa villa y quién es Luchese en realidad. ¿Está claro?

—No seré yo quien se lo diga.

—Ahí es donde te equivocas. He visto lo que tú y este camarada que está emprendiendo el viaje al infierno hicisteis con Paul Purcell. Además de razones de trabajo, Purcell era amigo mío. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Hable todo lo que quiera. Usted no es francés.

—¿Y qué con eso?

—Lo habla bien, muy bien, pero se le nota un leve acento.

—¿Y crees que eso impedirá que te haga pedazos?

—Estoy casi seguro. Usted es americano. FBI o de la CIA quizá. No importa mucho a cuál de las dos organizaciones pertenezca, pero sí sé que deben someterse a ciertas reglas.

Mike le enseñó los dientes en una mueca feroz.

—Hay hombres tanto en la CIA como en el FBI que darían el brazo derecho para vernos a mí y a mi organización colgados de las ramas de un árbol. No, camarada; tú no tienes ni idea de la clase de gente para la que trabajamos los tipos como yo. ¿Has visto a algún federal que dispare primero y pregunte después?

Vanini dirigió una mirada involuntaria al cuerpo retorcido de su compañero. Tanto una cosa como otra eran todo un problema.

No obstante barbotó:

—De cualquier modo puede irse al infierno, americano. No tiene nada que hacer conmigo.

Mike dio un vistazo a Zog. Había muerto y lo señaló con el

cañón de la pistola.

—Tu camarada ha emprendido el gran viaje. Sólo necesitaba a uno vivo. ¿Con qué le hicisteis el trabajo a Purcell?, ¿con un estilete?

El italiano ni siquiera contestó.

Romayne dijo:

—Perderemos mucho tiempo, pero lamentarás no haber sido tú quien acudiera a abrir la puerta.

Se aproximó a Vanini cachazudamente. Los negros ojos del italiano despedían llamas. Inesperadamente, la pistola subió y bajó como un rayo.

El golpe cazó al forajido en un lado de la cabeza y le abrió un largo surco cruzándole toda la mejilla. Vanini cayó de rodillas a punto de perder el conocimiento.

Se quedó allí, enroscado, gimoteando amargamente.

Romayne quitó el cinturón del cadáver de Zog y con él amarró con brutalidad las manos del italiano a la espalda. Luego hizo lo mismo con sus pies valiéndose del cinturón del propio Vanini.

Durante los siguientes minutos revisó la habitación de arriba abajo. No encontró nada que pudiera servirle de pista, excepto una pistola ametralladora bien oculta en el doble fondo de una gran maleta.

Vanini seguía todos sus movimientos con ojos turbios de dolor y de ira. Tenía la cara llena de sangre y un enorme moretón en la barbilla.

Mike regresó junto a él. Se había guardado la pistola.

Preguntó con calma:

—¿Cuál de los dos torturó a Purcell?

—Zog se ocupó de eso.

—¿Él solo?

—Sí.

Mike sonrió sin humor:

—Sigues pensando que soy un retrasado mental, ¿eh?

—¡Fue él!

—Entonces, tú sujetaste al pobre muchacho. ¿O estaba atado a una silla?

—Zog le ató a los pies de la cama.

—¡Qué tipo más activo ese Zog! Y qué hacías tú, ¿asistir a la

carnicería como espectador?

Vanini cabeceó, asintiendo.

—Bien, de cualquier modo esos detalles importan poco. Todo ese trabajo con el estilete se debió a que queríais que Paul Purcell hablara. ¿Correcto?

—Eso nos habían ordenado.

—¿Quién?

—Luchese.

—¿Qué fue lo que Purcell dijo?

—Nada. No habló.

—Prueba otra vez.

—Era un tipo duro, no conseguimos hacerle hablar. Fue entonces que Zog le mató.

—Habrà que hacerlo del modo desagradable —rezongó Mike entre dientes.

Le desgarró la camisa sin contemplaciones, llenándole la boca con los trozos de tela. Vanini trató de escupirlos sin conseguirlo.

Una vez amordazado, Mike registró con más cuidado el cadáver de Zog.

No encontró lo que buscaba.

—No lleva ningún cuchillo, ni estilete. Nada. ¿Dónde está el que utilizó para despellejar a Purcell?

Vanini se limitó a mirarle, tratando de disimular su creciente temor. No recordaba haber visto jamás a un tipo tan frío en una situación semejante, a nadie con la salvaje determinación de aquel individuo.

—Así que no tenemos cuchillo —comentó Mike—. Habrá que hacerlo de otra manera, aunque hubiera preferido que quedases igual que Purcell, una especie de homenaje al muerto. ¿Entiendes? No, imagino que no puedes comprenderlo.

Encima de la mesa había una caja de cerillas de madera. Mostrándola al italiano explicó:

—Esto servirá. Las cerillas se fijan en los lugares más insospechados del cuerpo de un hombre. En las uñas, los párpados, incluso en los genitales. Luego se encienden una tras otra y el tipo empieza a pasarlo verdaderamente mal. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Vanini lo entendía.

En realidad, hasta un hombre mucho más estúpido que él lo hubiera comprendido sin más explicaciones.

De modo que el terror hizo presa en el italiano y comenzó a sufrir espasmódicos escalofríos.

Mike desprendió cinco o seis cerillas.

Los ojos de Vanini se desorbitaron.

Entonces sonó el teléfono.

Fue alto tan inesperado que Mike casi pegó un brinco.

Luego, con la misma calma con que había actuado hasta entonces, descolgó el auricular.

CAPÍTULO IV

Una voz preguntó a través del aparato:

—¿Anton?

Romayne enarcó las cejas, sorprendido porque era la voz de una mujer, y el francés que hablaba no era precisamente muy académico.

—No —replicó, tratando de imitar la voz del amordazado Vanini—. Zog acaba de salir.

—¡Les dije que no abandonasen la habitación bajo ningún pretexto!

—Acabó el tabaco.

Oyó un gruñido de disgusto. Luego, la voz dijo:

—Está bien, ya hablaré con él sobre eso. Escuche, Vanini, prepárenlo todo para salir de Cannes en cualquier momento. Regresarán a Venecia, posiblemente mañana. Pero antes quizá deban realizar un último trabajo.

—Bien. ¿Qué clase de trabajo?

—Otro americano.

Romayne casi tuvo la certeza de que el americano era él.

Dijo:

—¿Hay otro aquí?

—No estoy segura aún, pero algo anda mal. Por otra parte, se cree que ha llegado un hombre que no pertenece a ninguno de los organismos conocidos... Un individuo muy peligroso. Cuando sepa más, o haya podido localizarle, lo señalaré. ¿Comprendido?

—Estaremos aquí, esperando. Pero si surge algo urgente, ¿dónde comunicamos?

—Estaré en La Caverna.

Y colgó sin más.

Mike lo hizo también, pensativo. Luego se volvió hacia el italiano y descubrió el terror en sus ojos tan claramente como la luz.

Poco a poco se aproximó a él.

—Una llamada muy interesante, camarada —comentó con acento burlón—. Y de hecho sólo ha retrasado un poco tu experiencia con las cerillas. Vamos a empezar con los dedos de los pies, ¿eh, qué te parece?

Vanini aguantó hasta que tuvo algunas cerillas hincadas en las uñas de los pies. Antes que Romaine encendiera la primera sacudió violentamente la cabeza.

Como a regañadientes, Mike gruñó:

—¿Qué te pasa ahora?

Vanini se esforzaba en hablar.

Mike le libró de la mordaza y comentó:

—Me decepcionas. ¿Piensas hablar?

—¡Sí, sí...!

—Eres más flojo de lo que pensaba. Apuesto que Purcell fue más duro y no habló.

—Sí... no puedo soportarlo. Habló.

Romaine se estremeció.

—¿Sobre qué?

—Sabía quién dirigía la operación en Cannes... sabía dónde encontrarla... y también dónde hallar a Luchese en Venecia.

—Ajá. ¿Dónde?

—Villa Xanakis, en el canal de Verona.

Mike suspiró. Al fin empezaba a obtener resultados.

—Esa mujer que ha llamado por teléfono debe ser la que lleva la batuta aquí. ¿Quién es, como se llama?

—Nunca la hemos visto, pero su nombre es Úrsula. Purcell la identificó, aún no sé cómo.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—En una especie de club o algo así. Se llama La Caverna. Nunca estuvimos allí.

—Ahora escucha bien, Vanini, porque si me mientes lo sabré y no habrá nada que te salve de arder poco a poco. ¿Quién hizo el trabajito en el avión, quién colocó la bomba?

—Maldito si sé de qué me habla.

—¿Y en Londres, quiénes operan en Londres? Asaltaron una oficina en Park Lane. ¿Quiénes?

—¡No lo sé, maldito sea!

—¿Habló Purcell de que todo era un truco?

—¿Truco?

—Ya veo...

—Le he dicho todo lo que sé.

—Pero nada de todo esto encaja. Los que volaron el avión creían que uno de los pasajeros era un tipo muy importante... lo que indicaría que estaban dispuestos a matarle ya que no podían recuperarlo. O, por el contrario, estaban tan bien informados que sabían muy bien que el hombre importante no iba a morir con el estallido.

—Todo esto es chino para mí, créame.

—Tengo la impresión de que te guardas muchos conocimientos en el buche. Sueltas un par de verdades y el resto son embustes, sólo que si es así te has equivocado.

—¡Maldito sea, he respondido a todas sus preguntas!

—Como Purcell respondió a las tuyas, sólo que a él le arrancasteis la piel a tiras para que lo hiciera.

—Ya le dije que eso fue cosa de Zog.

—Sólo que Zog no tenía ningún estilete.

La cara del italiano se puso gris.

Romayne enseñó los dientes en una mueca de lobo.

—¿Qué te pasa, te has puesto enfermo de repente?

Inclinándose, le registró los bolsillos.

En uno de la chaqueta encontró lo que buscaba y se enderezó con sus ojos pálidos e inexpresivos fijos en la cara del italiano.

Apretó el resorte y la hoja de acero saltó fuera de la empuñadura con un chasquido. Era larga, afilada como una navaja de afeitar.

—De modo que fue Zog. ¿Eh, Vanini? Sólo que por compañerismo tú le guardabas el cuchillo.

—No comprende... ¡Espere! ¿Qué va a hacer?

—¿Oíste hablar de la ley del Talión alguna vez?

—¡No puede hacer eso, no tiene ningún derecho!

Calló de pronto ante lo absurdo de su alegato. Sus ojos miraban despavoridos la afilada hoja de acero que destellaba en la mano de Romayne.

Por unos momentos, éste se desentendió de él. Su mente trabajaba como la maquinaria de un reloj. Hubiera podido llegar a un par de interesantes conclusiones de no mediar el bárbaro atentado que desmenuzó un avión y a setenta pasajeros inocentes.

Aquello no tenía sentido.

O, si lo tenía, resultaba todavía más absurdo.

Bruscamente arrojó el cuchillo sobre la mesa. Luego, pensándolo mejor, lo recuperó para limpiarlo concienzudamente con su pañuelo, borrando toda posible huella que hubiera podido quedar en él.

Vanini suspiró, aliviado. Por lo menos no iba a acabar hecho tiras como Purcell.

Pero entonces vio de nuevo la terrible pistola equipada con silenciador, apuntada a su cara. Abrió la boca para proferir un alarido y justo en aquel instante la pistola tosió.

La bala penetró en su boca abierta y Vanini ya no pudo gritar. La mitad de su cabeza quedó desparramada por el suelo.

Romayne apagó la luz, salió y cerró la puerta con cuidado, silenciosamente.

CAPÍTULO V

El francés se llamaba Jules y era uno de los mejores hombres del contraespionaje de su país. Delgado y de aspecto juvenil, bajo su apariencia despreocupada ocultaba una inteligencia aguda que le había sacado de no pocos apuros.

Ferviente admirador del sexo femenino, en Cannes se hallaba a sus anchas disfrutando de su papel de turista en vacaciones.

El individuo sentado ante él era diametralmente opuesto. Distinguido, un poco envarado, vestía con atildamiento, que no encajaba muy bien con el despreocupado ambiente de un lugar donde la gente hacía gala de adorar la anarquía en su vestuario.

Se llamaba Clifton Millard y acababa de llegar de Niza.

Jules encendió un cigarrillo y murmuró:

—Debió ser todo un espectáculo...

—Yo no lo vi. Tan pronto ellos se apearon en el aeropuerto regresé al hotel llevándome el coche. Fue una salvajada incalificable. Luego, esa misma noche, asesinaron a dos de nuestros hombres, en Londres. Todos ellos estaban colaborando en una misión altamente secreta e importante, aunque eso usted ya lo sabe, naturalmente.

—Cierto, pero ignoro por qué le han enviado a usted a Cannes. Recibí órdenes de colaborar con usted, pero déjeme decirle que si su gobierno abriga la esperanza de que el profesor decida instalarse en Inglaterra para trabajar allí, es mejor que cambien de idea. Él ya eligió América, y el gobierno francés no ve inconveniente en ello.

—Lo imagino. Mire usted, todo lo que queremos es que el asunto termine y que ese tipo sea puesto en lugar seguro de una maldita vez, sea en Estados Unidos o en el infierno. No olvide que este asunto empezó en Inglaterra, de modo que el Gobierno está muy

interesado en salvar su responsabilidad.

—Eso puedo entenderlo —rezongó el francés—. Lo que me desconcierta es la voladura de ese avión. Si ellos creían que el profesor estaba a bordo la cosa se presta a no pocas conclusiones, y ninguna satisfactoria.

—Eso fue una maniobra de distracción. Se pensó que si ellos creían realmente que el profesor estaba ya en vuelo hacia París, para enlazar allí con otro avión rumbo a Estados Unidos, sólo podrían hacer dos cosas, ¿comprende? O intentar cazarlo a la desesperada antes de que embarcara, o abandonar la empresa por imposible, resignándose al fracaso. Nunca imaginamos que se atrevieran a volar el avión, matándolo.

—Pero el profesor no estaba a bordo...

—¡Naturalmente que no! El hombre que ocupó su puesto se parecía a él físicamente, pero era uno de los nuestros.

—Y provocaron una carnicería... es algo de locos se mire como se mire. No es su estilo y yo le conozco bien. Debe haber algún factor que desconocemos todavía para que hayan actuado de ese modo.

—Sea como sea, usted y yo hemos de trabajar juntos aquí, de modo que sería interesante que cambiásemos información.

Jules asintió en silencio. Aplastó el cigarrillo en un cenicero y gruñó:

—De acuerdo. Le pondré en antecedentes de lo que sé, y usted hará lo mismo, pero antes me gustaría saber por qué le han enviado los de su departamento. El profesor ya no está aquí, y yo estoy esperando que me ordenen volver a París de un momento a otro.

—Bueno, nosotros tenemos a una de nuestras auxiliares femeninas en Cannes desde hace tiempo. Trabaja muy bien y tiene relaciones muy útiles. Comuniqué con ella tan pronto llegué y parece ser que tiene información de alto interés relacionada con este asunto.

—¿Y...?

—Quedamos citados para esta misma noche, pero antes de acudir a la cita pensé que si hemos de colaborar usted y yo sería bueno que me acompañara.

—Me parece muy bien, por supuesto. ¿Dónde se citó con esa mujer y cómo se llama?

—El lugar es una... o mejor dicho un club nocturno o algo similar... La Caverna. Ella se llama Úrsula Adams.

—Conozco ese tugurio. No es de mi gusto —el francés sonrió—. Demasiado ruido y poca intimidad.

—Para nuestro propósito eso importa poco. ¿Qué tal si vamos hacia allí y por el camino me cuenta usted lo que sabe?

—Perfecto.

Ninguno de los dos podía sospechar que su colaboración iba a ser muy breve.

* * *

La Caverna era exactamente lo que indicaba su nombre.

Con una decoración lóbrega como el fondo de una película de terror, aunque con detalles de confort que ningún escenario de Drácula utilizaría jamás. Las paredes semejabán construidas en la roca viva, lo mismo que el techo. Entre las fragosidades de las rocas lucía la tamizada luz azul que creaba fantásticas sombras y reflejos.

Pequeñas mesas de madera rústica, sillas bajas y taburetes de pino, así como divanes de formas caprichosas adosados a los recovecos de las paredes, permitían a la alborotada clientela arrullarse más o menos confortablemente.

El bar estaba atendido por dos jóvenes mozos de cejas depiladas, ojos sombreados y melenas largas y rizadas.

Multitud de parejas se contorsionaban en la diminuta pista de baile. La atmósfera estaba terriblemente cargada y el calor apestaba.

Millard soltó un juramento cuando él y Jules se acodaron a la barra.

—Esta peste es de marihuana —gruñó.

En medio del estruendo de la música no entendió una palabra.

Él casi rugió al repetir:

—¡Marihuana! Esa peste.

—Bueno, eso no va con nosotros. Se me ocurre que es un lugar muy original para que su compatriota le haya citado aquí.

—Ella es joven y ha adoptado la personalidad de una alocada turista inglesa. Debe andar contorsionándose por ahí.

—Cada uno se divierte como quiere... ¡Eh, chico!

El mozo acudió parpadeando seductoramente. Se detuvo y les examinó con mirada analítica. Lo que vio no debió gustarle, a juzgar por la manera como frunció el ceño. Sus depiladas cejas saltaron hacia arriba y al fin se decidió:

—¿Qué van a tomar?

—*Whisky* con hielo.

Millard estaba mirando en torno. Jules gruñó:

—¿No ve a la chica?

—Aún no.

Les sirvieron, y fue una sorpresa para ellos comprobar que el *whisky* era bueno.

La música atronaba el aire, y quienes conversaban lo hacían a gritos, de modo que el maremágnun reinante era ensordecedor hasta el delirio.

No obstante, Millard dijo:

—Si uno se detiene a pensarlo, éste es un asunto de locos, sin pies ni cabeza.

—¿Qué?

—Todo el maldito embrollo. Primero reclaman al tipo, cuando escapó. Y luego vuelan el avión decididos a hacerlo pedacitos, y por si fuera poco matan a dos de los nuestros por la sola razón de que habían intervenido en su traslado a Francia. No es así cómo suelen trabajar esa gente.

—Eso es algo que me viene intrigando a mí tanto como a usted, aunque yo tengo algunas ideas al respecto, pero necesito más base sobre la que apoyarlas. Tal vez su compañera me la proporcione ahora.

—¿Ha oído hablar de un americano que alguien envió para que interviniera de un modo, digamos... marginal?

—Sí, pero no creo que eso sea cierto. Y si lo es, no veo su utilidad por ningún lado. El profesor ya no está aquí.

—Me dijeron que no pertenece a los servicios de seguridad conocidos...

Jules se irguió, atónito.

—¿Qué diablos quiere decir eso?

—No estoy muy seguro, pero he oído hablar de una reducida organización de Estados Unidos. Muy reducida... y selectiva con sus hombres. No depende de nadie más que del presidente del Consejo

Nacional de Seguridad. Y sus métodos no son muy ortodoxos que digamos, aunque supongo que se habla más de lo que se sabe.

—No sé de qué me habla. ¿No son una rama de la CIA?

Millard hizo una mueca de repugnancia.

—Mire usted, al lado de esos tipos, los hombres de la CIA son inofensivas hermanas de la caridad.

Jules comenzaba a interesarse.

—¡Espléndido! —exclamó, riendo—. Quizá si uno de ellos interviene en este juego esos hijos de perra paguen toda la sangre inocente que han vertido.

El inglés no compartía su entusiasmo.

Dijo de mal talante:

—No apruebo sus métodos. Por lo menos, si es cierto lo que ha llegado hasta mis oídos. Esos fulanos son simples máquinas de matar, pero yo creo que deben respetarse ciertas reglas, aunque éste sea un trabajo muchas veces sucio y rastrero.

—Dígaselo a los de la «oposición». O mejor, debiera habérselo dicho antes de que dinamitasen el avión. Los tipos capaces de una salvajada como ésa no entienden más que un lenguaje, a mi modo de ver.

—A pesar de todo... En fin, pienso que si un individuo de éstos está aquí y logra descubrir una pista, nunca encontraremos a nadie vivo para ser interrogado.

Jules observó su vaso pensativamente. Estaba casi vacío. Lo apuró de un trago, carraspeó y luego dijo con voz sorda:

—No lo lamentaría en absoluto si ocurriera eso.

Millard sacudió la cabeza, preocupado. Al fin sonrió y llamando al mozo abonó las bebidas.

—Tienes instintos sanguinarios. ¿Puedo tutearte? Ajá... Bueno, por mi parte preferiría cazarlos vivos. Hay muchas cosas que requieren explicación en este condenado lío, y si un verdugo como ése de que estamos hablando se nos adelanta no podremos aclarar nada después.

—Sólo asistir a unos cuantos entierros.

—No me gustaría.

—A mí sí.

El inglés se disponía a replicar, cuando una muchacha apareció al extremo de la barra. No les dirigió la mirada, no hizo ningún

gesto. Se limitó a mirar en torno como si buscara a alguien y luego regresó hacia la pista.

Millard musitó:

—Ahí está. Ésa es Úrsula, amigo.

—Toda una monada. ¿A qué esperamos?

Siguieron a la joven, sumergiéndose en el pandemónium de la sala como quien se arroja de cabeza a las aguas de un mar embravecido.

CAPÍTULO VI

Los dos hombres se encontraron en un reducido pasillo, al fondo del cual se indicaban unos escalones que desaparecían dentro de un pozo de absoluta oscuridad.

La fascinante muchacha les esperaba junto a una puerta, que abrió cuando ellos se acercaron.

Entraron y ella cerró la puerta quedándose apoyada de espaldas contra la madera, dejando que Jules la recorriera aprobadoramente con la mirada.

—Yo necesitaría esta clase de colaboradores —comentó el francés con ironía.

Millard sonrió.

—Elegiste un lugar muy ruidoso, Úrsula.

—Es el mejor para pasar desapercibidos. Aquí nadie se preocupa de nadie. Además, esas escaleras de ahí fuera conducen a una salida posterior, muy conveniente para un caso de apuro.

Había una mesa baja y butacas esparcidas por la estancia. Adosado a una pared, un aparador contenía vasos y botellas y hacia allí se encaminó Millard, mientras Jules acercaba una butaca a la mesita y se dejaba caer en ella con un suspiro.

La muchacha se acomodó delante de él, al otro lado de la baja mesita. El inglés se reunió con ellos llevando tres vasos empañados por el hielo.

—Bueno, quizá tú prefieras otra cosa, Jules.

—Es igual. *Whisky* está bien.

Repartió los vasos y él saboreó el suyo antes de sentarse. Paseó la mirada por las caras del francés y de la muchacha, y luego dijo:

—Al grano, Úrsula. ¿Qué era eso importante que mencionaste por teléfono?

—Pensé que vendrías solo.

—Jules trabaja para la seguridad francesa. Va a trabajar ahora conmigo en este asunto.

—Está bien para mí si tú lo garantizas.

—Por supuesto.

Jules rió entre dientes.

—Es la primera vez que alguien tiene que garantizarme para una preciosidad como tú.

—Si hemos de hablar de negocios es mejor que olvides tu condenada galantería francesa —replicó la muchacha con sequedad.

Jules se encogió de hombros.

—Nunca entenderé a los ingleses —rezongó—. ¿Qué hay de malo en mezclar el placer con los negocios?

—Cada cosa a su tiempo —terció Millard—. Adelante, Úrsula.

Ella bebió un sorbo de *whisky*.

—Hubo alguna filtración —dijo—. Una filtración que ha costado muchas vidas.

—Eso está claro. Lo que sería bueno es saber dónde se produjo el escape.

—Eso es posible que lo averigüe si puedo localizar a un americano.

Millard se irguió bruscamente.

—¿Qué americano?

—Nadie le conoce todavía, pero mis informes son que trabaja con dos caras. Juega con dos barajas, si lo quieres más claro.

—Entiendo. ¿Su nombre?

Ella aspiró hondo.

—Mike Romyne —soltó con voz tensa—. Es el hombre que mató a mi socio.

El inglés dio un respingo.

—¿Tu socio? —exclamó—. Maldito si sé de qué hablas.

—Se llamaba Paul Purcell. Agente americano. Nos conocimos cuando coincidimos los dos siguiendo un mismo rastro. Decidimos cambiar información y las cosas iban bastante bien hasta que ese Romyne lo asesinó.

—No informaste de eso a Londres —le reprochó Millard.

—¿Para qué? No era nada oficial, y si surgían complicaciones era preferible que la cosa fuera entre él y yo exclusivamente.

—Tal vez tengas razón. ¿Ese tal Romaine mató a Purcell?

—Sí.

—Continúa.

—Purcell me dijo que había sabido que la «oposición» había decidido utilizar a un americano llamado Mike Romaine para suplantar a cierto agente. Por la noche me telefoneó diciéndome que había localizado a ese tipo... y ya no supe nada más de él.

—Entonces, ¿cómo sabes que está muerto?

—Porque fui al apartamento que ocupaba. Ese Romaine debe ser una mala bestia, a juzgar por lo que hizo con él antes de matarlo.

Jules carraspeó.

—No se anda por las ramas, ¿eh? Todo lo que le estorba, muere. Muy expeditivo.

—De cualquier modo —gruñó el inglés—, este asunto sigue sin tener pies ni cabeza. Si quieren al profesor, ¿por qué tratar de matarlo? Y otra cosa, ¿por qué tanta sangre? Eso no les conduce a ninguna parte en cuanto a lograr sus propósitos.

—Ya sabes cómo trabaja esa gente —murmuró Úrsula, desviando la mirada.

—Sé cómo trabaja, por supuesto. Sin embargo, hasta ahora los rusos sólo mataban en casos extremos. Entiéndeme; no tienen escrúpulos para liquidar un estorbo, pero jamás desencadenan una matanza como ésa... quizá para evitar una violenta campaña de prensa, o un conflicto diplomático.

Jules sacudió la cabeza y metió baza:

—Hay algo más en el fondo de todo esto. Apostaría la mano derecha a que no son los rusos quienes han organizado esta escabechina.

Úrsula dio un respingo mirándole con ojos chispeantes.

—¿Quiénes, si no? —le espetó—. ¿Quién más puede estar interesado en capturar al profesor?

—Maldito si lo sé.

—Entonces, espera a saberlo antes de decir estupideces.

—¿Qué te ha dado, nena? He expuesto una opinión, y la mantengo. Me he enfrentado decenas de veces con agentes soviéticos y sé cómo trabajan, les conozco muy bien. Son astutos, fríos, desapasionados y calculadores. Y listos como el demonio. Y

matan. Incluso intentaron matarme a mí no hace ni un año, pero no organizan esta clase de cacería de patos por el solo placer de liquidar gente, Úrsula. Métete eso en la cabeza.

Millard les observó preocupado.

—Parecéis un par de gallos de pelea. ¿Alguien olvida que los tres estamos en el mismo lado de la barrera?

—Lo lamento si he dado esa impresión —se excusó el francés, sin mucha convicción.

Úrsula resopló:

—¡Son asesinos rusos, o a sueldo de los rusos! Ellos quieren recuperar al profesor o, si eso les resulta imposible, prefieren verlo muerto antes que sus conocimientos puedan ser utilizados por Occidente.

Jules gruñó:

—Aceptémoslo, si insistes. Sin embargo, eso no explica que, además del profesor, asesinen a mansalva a todo el pasaje de un avión, a unos agentes en Londres y quién sabe a cuántos más.

Millard soltó un juramento.

—Nos desviamos de la cuestión. Eso no son más que teorías y discusiones inútiles a mi modo de ver. Lo que necesitamos es algo mucho más sólido.

Úrsula refunfuñó:

—Mike Romaine puede ser una cosa muy sólida.

—Romaine, de acuerdo. ¿Cómo podemos localizar a un tipo que ni siquiera sabemos qué aspecto tiene? Porque imagino que no utilizará su verdadero nombre mientras ande metido en el asunto.

—¿Por qué no? No puede sospechar que nosotros conozcamos su presencia en Cannes, ni imagina que sabemos que mató a Purcell.

Jules dijo:

—En eso te doy la razón. No me sorprendería que se haya inscrito en cualquier hotel con su nombre, como otro turista cualquiera.

—¡Hemos de localizarlo! —estalló la mujer—. Quizá sea posible obligarle a hablar, pero si se trata de un elemento tan peligroso como presumía el pobre Purcell, dudo que consigamos nada positivo... excepto matarlo si se resiste.

Millard gruñó:

—Más despacio, Úrsula. No podemos colocarnos a la misma

altura que un matarife profesional. Además, estamos en un país donde hasta nosotros tenemos ciertas limitaciones.

—Tal como yo veo las cosas —insistió ella—, no existe otra opción. Se trata de él o nosotros y para mí la elección no es dudosa. Amo la vida, ¿entiendes?

—Todo el mundo quiere vivir —rió Jules—, y no por eso anda sembrando cadáveres por las calles. Si realmente encontramos a ese individuo hay que obligarle a hablar.

Los ojos de la muchacha chispearon de ira.

—¿Y seguir perdiendo más tiempo? ¡Si Romaine cae en mis manos le mataré, sólo por lo que le hizo a Purcell!

—Se me ocurre que tienes mucho interés en ver muerto a ese individuo. En nuestro trabajo, nena, los sentimientos personales deben dejarse de lado.

—¡Yo hago este trabajo a mi modo o no lo hago! No me une ningún contrato con el

MI-6

inglés. Trabajo para ellos de modo marginal, así que puedo permitirme el lujo de tener sentimientos personales.

Millard no pudo contener un gesto de impaciencia.

—Nos exaltamos demasiado —gruñó—. Volvamos a la calma y sigamos adelante con sentido común. ¿De acuerdo?

Jules asintió con un gesto, pero sus ojos fríos y analíticos no se apartaban de la sugestiva muchacha.

Ésta dijo:

—Muy bien, perdí los nervios. Ya pasó, Millard.

Jules comentó:

—Al parecer, tenías un interés muy personal por Paul Purcell...

—¿Y qué si fuera así?

—No es que me importe mucho, pero empiezo a pensar que no me conviene trabajar contigo, nena. Los personalismos son peligrosos en nuestro oficio.

Millard barbotó:

—¡Ya es suficiente, Jules! Nadie personaliza aquí. Si hubo algo sentimental entre Purcell y Úrsula no nos incumbe a nosotros juzgarlo. Es su vida privada. Punto. Imagino que en tu vida privada habrá también episodios con mujeres de vez en cuando.

—Por supuesto, pero nunca con ninguna que tenga que ver con

el servicio.

Úrsula le dirigió una mala mirada.

—Puedo presentar la dimisión y cesar ahora mismo, Millard. Después de todo, a veces pienso que este trabajo no está hecho para mí.

—Tonterías. Te necesitamos, Úrsula. Sin ir más lejos, sin ti no sabríamos una palabra de ese americano ni de la muerte de Purcell.

Jules se levantó. No trataba siquiera de disimular lo nervioso que estaba. Tomó su vaso y gruñó:

—¿Más *whisky*?

Úrsula sacudió la cabeza de un lado a otro. Millard negó también, de modo que el francés fue a servirse por su cuenta.

Desde el aparador comentó secamente:

—A pesar de todo, Millard, tampoco ahora sabemos mucho sobre el americano, excepto que se llama Romaine.

Úrsula se irguió.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que sabemos su nombre y nada más. Un nombre que nos has dado tú, pero que no es más que eso: un simple nombre.

—No te comprendo —dijo Millard—. ¿Pretendes que Úrsula nos dé todo el trabajo hecho?

—Por supuesto que no; pero en lo que a mí respecta, prefiero partir de bases más sólidas antes de iniciar algo que puede conducir a la muerte de un hombre.

Regresó con su vaso lleno y volvió a sentarse, saboreándolo. Úrsula le miraba pálida de ira.

—No sabía que este trabajo fuera una competición de cortesías, Jules —rechinó entre dientes.

—Ojalá lo fuera. Pero si uno se detiene a pensarlo un poco, tú nos has dado un nombre: Romaine. Aseguras que es quien mató a un agente americano llamado Purcell, pero no tienes siquiera la seguridad de que fuera él quien lo asesinó.

—¡Maldita sea! Claro que estoy segura que fue él. ¿Qué otro podía tener interés en matar a Paul? Purcell le seguía los pasos, le había localizado.

Jules hizo una fea mueca.

—Y sólo porque tú lo crees le sentencias a muerte.

Eso nos colocaría al mismo nivel que esos matarifes a sueldo de

nadie sabe quién.

Ella se levantó como impulsada por un resorte.

—Por mi parte —masculló entre dientes, llena de mal reprimida cólera—, he terminado con todo el maldito asunto.

Millard suspiró:

—Estamos otra vez sacando los pies del cesto. Siéntate, Úrsula. Y tú cierra la boca aunque sólo sea por unos minutos, ¿quieres, Jules? Quizá así podamos llegar a un resultado práctico.

Jules apuró su bebida y dejó el vaso sobre la mesita.

—No —dijo resueltamente—. Creo que no me conviene; aunque para ser consecuente contigo, consultaré a París respecto a ese Romaine. Pero hasta recibir instrucciones del SDEC no moveré un dedo en ese sentido.

El inglés no pudo contener un juramento.

—Dividiendo nuestras fuerzas no llegaremos a ninguna parte. Ya deberías saber eso, Jules.

—No voy a dividir nada, sólo pretendo consultar antes con mis jefes. Si eso es todo lo que tu hermosa compatriota tenía que decirnos, creo que me iré.

—Ya conoces la salida, francés —silbó Úrsula entre dientes, llena de ira.

Jules la contempló un instante con el ceño fruncido. Ella tomó los vasos y se acercó al aparador, dándole la espalda desdeñosamente.

Al fin, Jules dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

Úrsula tanteó en el estante buscando una botella. Pero sus dedos hallaron primero un diminuto pulsador y lo hundió dos veces.

Antes que el francés saliera, Millard le espetó.

—¿Dónde podré comunicarte contigo más tarde?

—Te veré en tu hotel.

Úrsula ni siquiera miró hacia él cuando Jules salió y cerró la puerta a sus espaldas.

El agente francés se detuvo un instante en el lóbrego pasillo, preguntándose por qué demonios estaban tan nerviosos. Después de todo, la muchacha era toda una belleza, y si no sabía nada más respecto al tal Romaine no era culpa suya.

Se encogió de hombros y echó a andar por el camino que siguiera al entrar. Apenas había dado dos pasos cuando un hombre

apareció procedente de un cuartucho mal alumbrado.

—Por atrás, amigo —dijo—, salga por atrás.

—¿Por qué? No ha habido ningún inconveniente al venir.

—Ordenes de Úrsula, y ella sabe lo que hace. La salida está abajo, al final de las escaleras.

Jules echó un vistazo a los escalones.

—Está bien, seguiremos el ritual —gruñó con sarcasmo—. Todos ustedes parecen haber leído demasiadas novelas de misterio.

El hombre le siguió hacia los peldaños.

—Encontrará la llave de la luz a su izquierda —dijo tan sólo.

Jules tanteó en la pared hasta encontrar el interruptor. Lo accionó, pero ninguna luz brilló en el pozo de tinieblas que eran las escaleras.

—Debe haberse fundido la lámpara —rezongó el hombre con voz de fastidio—. De todos modos la puerta está justo frente a los últimos escalones, no hay dificultad alguna en encontrarla.

Ahora Jules titubeó. Todas las suspicacias, la inquietud que había estado latente en sus sentimientos desde los primeros momentos de su entrevista con la muchacha despertaron y, volviéndose, dijo resueltamente:

—Voy a salir por el salón, le guste o no a la sanguinaria dama que parece dar órdenes aquí.

El hombre estaba saltando sobre el primer escalón. No pareció afectarse mucho por la súbita resolución.

—Si tiene miedo a la oscuridad, salga por donde quiera.

Jules volvió a subir los tres peldaños que había bajado. Sólo que no llegó arriba.

No vio cómo sucedía, pero de repente se encontró delante de una mano armada con una pistola, cuyo cañón alargado por un silenciador se le antojó un bazooka.

El individuo que le cerraba el paso gruñó:

—La cosa pudo haber sido más fácil de otro modo, amigo, pero usted es un tipo muy terco.

—Debí imaginarlo. Por algo no me gustó la maldita víbora desde el mismo instante en que empezó a hablar.

—Lo ha descubierto demasiado tarde.

La pistola se encabritó en la mano del criminal cuando éste disparó rápidamente. Apenas produjo sonido alguno.

Mas para Jules fue como si retumbara con el estrépito de un cataclismo.

Los proyectiles le empujaron y cayó hacia atrás, rodando escaleras abajo hasta estrellarse sobre el pavimento de piedra, en la oscuridad.

La impenetrable oscuridad de la muerte.

CAPÍTULO VII

Mike Romaine acababa de manipular en la cerradura, cuando al otro lado de la puerta hubo un sordo estrépito, como el de algo pesado y fofo rodando por unas escaleras y estrellándose al final contra un suelo duro.

Él pegó el oído a la puerta, tenso como un cable, pero ya no oyó nada más, sólo el pesado silencio que le envolvía y el rumor cercano del mar.

Al fin presionó con infinita cautela y la puerta cedió hacia adentro. En el interior todo era tinieblas.

Pisando como un gato entró y cerró otra vez con cuidado.

Dio dos pasos y allí sus pies se enredaron con una masa blanda, y estuvo a punto de caer de bruces.

Supo al instante qué era lo que había en el suelo, y comprendió también qué era lo que produjera el estrépito poco antes.

Deslizó la mano hacia la pistola y la empuñó. Ahora oía, lejano, apagado, el estruendo de la música del club.

Agachándose, tanteó el suelo con la mano izquierda. Primero tocó una mano inerte y caliente. Siguió brazo arriba, hasta reconocer con los dedos un rostro tan inerte como la mano.

Sacó una diminuta linterna eléctrica no más gruesa que un lápiz. Un fino rayo de luz le descubrió las facciones relajadas del muerto, y luego la sangre en el pecho y el cuello.

Dejó la pistola en el suelo y registró las ropas del muerto velozmente. Encontró los documentos y les dio un rápido vistazo. Luego los devolvió al bolsillo de su propietario, apagó la linterna y, atrapando de nuevo la pistola, subió los escalones tan silencioso como una sombra.

Arriba, cautelosamente, Mike dio un vistazo al pasillo,

asomando apenas un ojo a ras del suelo. Vio a un hombre grandote apoyado indolentemente en la pared, cerca de una puerta cerrada. Más allá vio otras dos puertas, pero ningún signo de actividad por ninguna parte.

Necesitaba saber a qué atenerse con aquel individuo. Hizo un poco de ruido con los pies, como alguien que subiera despacio los peldaños.

El guardián pegó tal brinco que casi tocó el techo con la cabeza. Le vio sacar rápidamente una pistola equipada con silenciador y correr hacia él barbotando maldiciones.

Le dejó llegar a la escalera. Entonces le golpeó con su automática.

El asesino no tuvo ni tiempo de disparar. Su cara estalló en sangre y se desplomó de bruces rebotando escaleras abajo.

Mike volvió a bajar, siguiéndole y guiado ahora por la luz de su linterna. Cuando se inclinó sobre el hombre comprobó que se había roto el cuello al caer.

—Bueno, te lo ganaste a pulso —rezongó.

Le dejó allí, junto al cadáver de su víctima, y volvió a subir.

Aplicando el oído a una puerta tras otra no le fue difícil captar las voces de un hombre y una mujer tras una de ellas.

Todo lo que deseó entonces fue que aquella mujer se llamara Úrsula Adams y fuera la que estaba buscando.

* * *

Desde el aparador donde estaba preparando bebidas, Úrsula masculló:

—Está bien, reconozco que me dejé llevar por los nervios y el odio hacia el hombre que mató a Purcell, pero ese francés me sacó de quicio. Nunca imaginé que un pusilánime hiciera esta clase de trabajo.

Millard no replicó. Él también estaba disgustado porque sabía cuán importante era la colaboración de los franceses en el asunto que trataban de llevar a buen puerto.

Ninguno de los dos vio cómo la manija de la puerta se movía con infinitesimal lentitud.

—De todos modos —dijo el inglés al fin—. Jules es un buen

elemento cuya ayuda necesitamos, Úrsula.

—Tú encontrarás la manera de calmarlo.

Desde la butaca en que estaba sentado, Millard no pudo ver cómo la muchacha vertía el contenido de un diminuto frasquito en un vaso. De todos modos, ella le daba la espalda mientras manipulaba las bebidas y hablaba al mismo tiempo.

—Sea como sea, Millard, cazar a ese Romaine no ha de resultar tan difícil... y para eso no necesitamos a los franceses.

Se volvió con un vaso en cada mano. Volvía a sonreír de nuevo, seductora como la misma tentación.

Millard tomó el vaso que ella le ofrecía.

Pero dijo:

—Empiezo a pensar que Jules tuvo razón al sospechar que entre tú y Purcell hubo algo más que unas relaciones puramente profesionales.

—¿Cambiaría eso las cosas para ti?

—No, pero significaría que tú sí cometiste una torpeza.

—No soy profesional, Millard, eso ya lo sabes. Y soy una mujer, además.

Él sacudió la cabeza. Úrsula levantó su vaso y musitó:

—A tu salud.

Millard asintió. Se disponía a beber cuando una voz seca dijo desde la puerta:

—Deje el vaso sobre la mesa sin beber, Millard. Los dos se volvieron en redondo. Primero vieron la enorme pistola que les amenazaba. Después, al hombre.

Mike acabó de entrar y cerró la puerta a sus espaldas, dando vuelta a la llave.

—El vaso, inglés. Déjalo en la mesa.

Poco a poco Millard obedeció, estupefacto.

La mirada de Úrsula fulguraba como el fuego del infierno.

—Entiendo que estaban hablando de mí —dijo Mike, avanzando unos pasos.

—Hablabamos de muchas cosas —replicó Millard—. De mí y de mi excelente y desgraciado amigo mío. Soy Mike Romaine.

Clifton Millard se levantó de un brinco.

—¡Maldito sea! —estalló.

—¡Siéntese!

—¡Al diablo, yo...!

—¡Siéntese, condenación!

Poco a poco se dejó caer en la butaca, sin que sus ojos pudieran apartarse de aquel hombre recio como un peñasco. La mirada de los ojos que tenía delante era algo que ni siquiera parecía de un ser humano. Infundía espanto.

—De modo que tú eres Úrsula.

La voz de Mike rompió el hechizo.

La muchacha asintió con un gesto. Volteó el brazo y le arrojó el vaso de *whisky* a la cara, echando a correr hacia el aparador.

Romayne esquivó, agarró una butaca como si pesara menos que una pluma y la arrojó con una sola mano.

La butaca golpeó la espalda de la mujer derribándola de bruces. Se estrelló contra el aparador y durante unos instantes se quedó inmóvil, antes de forcejear para quitarse la butaca de encima.

Millard había conseguido deslizarse la mano debajo de la chaqueta, pero la dejó muy quieta allí cuando la voz de Romayne le advirtió:

—Le haré un agujero en el brazo si no deja quieta la artillería, inglés. Éste no es un juego de sociedad ni se trata de una reunión de *gentlemen* en una partida de *cricket*.

Millard sacó la mano vacía. Mike le desarmó y luego devolvió su atención a la gimoteante muchacha, que al fin había conseguido arrodillarse en el suelo. A juzgar por la atormentada expresión de su rostro, debía tener alguna costilla rota.

El inglés barbotó:

—Ahora comprendo por qué ella deseaba tanto verle muerto. Es usted la clase de...

—¡Cierre la boca, estúpido!

Mike se acercó a Úrsula, la agarró por los cabellos y levantándola de un tirón la arrojó sobre una butaca. Un largo alarido de dolor desgarró la garganta de la mujer.

—¡Es usted una mala bestia! —gritó Millard—. ¡No tiene derecho!

Romayne le miró casi con lástima. Comentó disgustado:

—Nunca acabo de sorprenderme ante la clase de inútiles que meten en este trabajo. Tome el vaso de *whisky* y meta la nariz en él, pero no beba ni una gota si quiere seguir vivo, idiota de los

demonios.

Millard miró el vaso. Le miró a él y luego a la muchacha. Volvió a dirigir los ojos al vaso que esperaba sobre la mesa.

—¡Huélalo y no me haga perder más tiempo!

Tomó el vaso y olisqueó su contenido. Dio un respingo y una palidez mortal se extendió por su cara.

—¡Veneno...!

—Seguro, tipo listo. Su apasionada amiga iba a envenenarlo, quizá por motivos sentimentales. ¿Qué le parece?

—¡Úrsula, tú...!

Ella ni siquiera replicó. Seguía hundida en la butaca, apretándose los costados con las manos y pálida como un sudario.

Mike le quitó el vaso al inglés y se encaró con la muchacha.

—¿Te gusta con hielo, encanto, o está bien tal cual?

Ella se estremeció violentamente, pero no dijo una palabra. Romaine dijo:

—Bebe, te gustará. Después de todo es tu propio cóctel.

Millard pegó un brinco.

—¡Espere, maldito sea! No puede hacer eso, sería un asesinato.

—¿De veras? Qué cosas... De cualquier modo, ésta es la bebida que ella le destinaba a usted, como destinó otra de plomo a Jules Dassin.

—¿Jules?

—Le asesinaron cuando salió de aquí. A tiros. Está muerto en el sótano por donde yo entré.

Millard estaba espantado ahora, quizá no tanto por la muerte de un hombre sino por las implicaciones que esa muerte desvelaban.

—¡Úrsula! —rugió—. ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros. Ese simple movimiento le arrancó un quejido de dolor.

La mirada desconcertada del inglés se clavó en Romaine, como si en aquel rostro pétreo, inexpresivo como la muerte, pudiera hallar todas las respuestas.

Mike gruñó:

—¿Le dijo que debían cazarme? Por lo menos eso creí entender.

—Sí, aseguró que usted había asesinado a un hombre llamado Paul Purcell.

—Ya veo. Pretendió lanzarle contra mí. Si me cazaba le

ahorraban a ella un montón de trabajo y riesgos. Si no, hubiera tenido tiempo sobrado para prepararlo todo y desaparecer. Fueron hombres a sus órdenes los que mataron a Purcell. Y lo hicieron del modo más sucio que vi jamás. De paso le diré que Purcell era un agente del Gobierno americano.

—Cada vez estoy más desconcertado...

—Vamos a largarnos de aquí. Creo que ya sé todo lo que necesitaba. Pero antes vas a beber esa pócima, encanto. Si era sólo un somnífero, bien. Pero si era veneno...

—¡A pesar de todo, esto rebasa todos los límites! —protestó Millard.

—¡Cierre la boca! Usted no vio a Purcell. Yo sí. ¡Bebe!

Úrsula levantó la mirada, clavándola en las despiadadas facciones de Romaine. Estaba tan pálida como la cera.

Mike repitió:

—Te dejo elegir. Bebe... o reventarás con un plomo en la barriga, eso duele como el demonio.

Millard abrió la boca. Volvió a cerrarla.

Úrsula gruñó:

—De cualquier modo perderán ustedes, Romaine. Pase lo que pase nunca ganarán esta partida.

—¿Por qué no?

—Averígüelo... si puede.

—Ya puedes jurar que lo sabré, pero de momento acabemos de una vez.

Ella alargó la mano y agarró el vaso. Por unos instantes desafió a Romaine con la mirada. Luego, rápidamente, bebió todo el contenido sin respirar.

Los dos hombres se quedaron mirándola en silencio. Ella sufrió una ligera contracción en todos sus músculos.

Aún barbotó:

—Llévense al profesor si pueden... pero aún así no... no podrán ganar esta vez...

El vaso se deslizó de entre sus dedos y se hizo añicos contra el suelo. Después una espuma sucia asomó por las comisuras de su boca y al fin se desplomó de bruces sin una queja.

Romaine gruñó:

—Ahora podemos largarnos de aquí. Pero tenga cuidado allá

fuera, puede haber algún otro esbirro de esa víbora. Yo maté al que asesinó al francés, pero puede haber otros.

—Entonces, devuélvame mi pistola.

—Claro.

Le entregó el arma y por un instante quedaron mirándose fijamente. Millard tenía la cara gris.

—No estoy muy seguro de poder contenerme —barbotó entre dientes—. Debería pegarle un tiro, maldito sea usted.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre?

—Ojalá el infierno le lleve... A pesar de haberme salvado la vida, le odiaré mientras viva.

Fuera, el pasillo estaba desierto. Mike señaló las escaleras.

—Por allí. Hay una salida posterior que da cerca de la playa.

—¿Dónde está el cuerpo de Jules?

—Abajo.

—No podemos dejarlo allí, tirado como un perro.

Romayne le miró con ojos fulgurantes.

—Cuando uno se dedica a este trabajo sabe a lo que se arriesga, Millard. Los sentimientos son un lastre inútil. Si le matan no recibe medallas, de modo que ese Jules se quedará donde está, en compañía del hombre que le asesinó. Cuanto más tiempo tarde la policía en meter las narices en este asunto mejor para nosotros.

Millard aún titubeó. Pero al fin acabó bajando las escaleras seguido por aquel implacable individuo, al que, estaba seguro, odiaría durante todos los años de su vida.

A pesar de que si no hubiera aparecido tan providencialmente ahora él estaría muerto.

CAPÍTULO VIII

Mortalmente cansado, Mike Romaine entró en el apartamento que había alquilado a su llegada a Cannes. Cerró la puerta y sin encender las luces se derrumbó sobre una butaca, junto al ventanal abierto.

Sobre el mar, el primer resplandor del alba borraba la profunda negrura de la noche como el heraldo de otro día de estallante sol que haría las delicias de los turistas.

Pensó en el largo viaje hasta Venecia y suspiró. No le quedaba mucho tiempo para el descanso.

De repente se puso rígido. Aspiró hondo, captando el etéreo y sensual perfume que flotaba en el aire.

Él no usaba perfume alguno, y menos uno tan sugestivo como aquél.

Se levantó, olvidado de repente del cansancio, tenso y alerta. Deslizó la mano bajo las ropas y empuñó la pesada «Magnum».

Entonces, de la oscuridad, surgió la suave y tranquila voz de una mujer.

—Me preguntaba cuándo te darías cuenta de que tenías visita, Romaine.

—¿Gabrielle?

—Sí.

—Bueno, para otra vez deja las luces encendidas. Has estado a punto de recibir un balazo.

La luz de una lámpara de pie se encendió y pudo verla, lánguidamente recostada en el diván.

Guardó la pistola y se acercó a la muchacha.

—¿Cómo me has localizado?

—Olvida que yo también soy profesional.

—Ya veo. ¿Cuál es la gran idea, si es que hay alguna idea?

—¿Ideas? Hay montones, pero nada concreto.

—Empecemos por orden, quizá así entienda algo. ¿Por qué viniste aquí, a esperarme?

—La última vez que nos vimos quedaron muchas cosas en el aire entre tú y yo. Además, quería darte las gracias. Me salvaste la vida.

Romayne la observó con suspicacia. Sacudió la cabeza y gruñó algo entre dientes. Luego se dirigió al mueble bar y llenó un vaso de *whisky*, volviéndose entonces con él en la mano.

—¿Quieres un trago?

—Gracias, pero no. Es demasiado pronto para mí.

Mike casi vació el vaso de un sorbo.

Luego confesó:

—Estoy rendido. No me encuentro en uno de mis momentos más brillantes que digamos, así que si tienes algo que decir no le des vueltas. Al grano y de modo que pueda entenderlo sin forzar mi agotado intelecto.

—Siéntate aquí —dijo Gabrielle, palmeando el diván a su lado—. Cuéntame qué estuviste haciendo esta noche. Nos conviene cambiar información.

Él se derrumbó junto a ella.

—Entre otras cosas —dijo—, salvar la vida de un estúpido inglés, matar a una mujer, matar a un asesino y encontrar otro cadáver. Ha habido otras actividades también, pero de menor cuantía, así que no vale la pena mencionarlas.

Gabrielle se estremeció.

—¿Has matado a una mujer? —susurró.

—Eso dije.

—Es terrible...

—Es nauseabundo. Matar es repugnante, vil y miserable. Pero es el único lenguaje que se puede emplear con esa gente. Si no mueren, matan. Ella acababa de matar a un colega tuyo, Gaby.

La muchacha dio un respingo.

—¿A quién?

—Jules Dassin.

—¡Oh, Dios!

—Ahora ya sabes cómo trabajan ellos.

Apuró el resto del *whisky*, dejó el vaso y se echó atrás,

recostando la cabeza en el respaldo del diván. Pero casi al instante se levantó de un salto y dio unos pasos de un lado a otro para detenerse junto al ventanal.

Tendió la mirada sobre Cannes, hacia el mar que empezaba a llenarse de luz al fondo del panorama.

Tras él, la muchacha dijo:

—Ven aquí.

—¿Para qué?

—Estás tenso como un cable de acero. Sé lo que necesitas.

—Seguro. Acostarme contigo quizá.

—No.

—Eso relajaría a cualquiera.

—Dudo que diera resultado con un tipo como tú. Pero acércate y vuelve a sentarte.

Él titubeó, mirándola. Era una mujer de una belleza increíble y le maravilló que, siendo como era, estuviera metida en un trabajo tan sucio y nauseabundo como el suyo.

Acabó regresando al diván y sentándose al lado de ella.

—¿Y ahora qué?

—Vuélvete.

Sonrió sin humor, mirándola al fondo de sus hermosos ojos.

—Debo estar perdiendo facultades o haciéndome viejo quizá. En otras circunstancias jamás confiaría en ti lo suficiente para darte la espalda.

Pero se volvió, expectante.

Ella se arrodilló sobre el diván. Sus dedos expertos se posaron a ambos lados del cuello musculoso del hombre, presionando lentamente en un suave movimiento de rotación.

Romayne notó el cálido contacto de los dedos en su cuello, increíblemente suaves y acariciantes. Asombrado, abandonó su instintiva cautela y la dejó hacer.

Gabrielle susurró:

—Relájate, no voy a clavarte un cuchillo en la espalda.

El suave masaje le produjo una extraña sensación de placer, pero después advirtió que, efectivamente, su tensión desaparecía y una agradable laxitud iba extendiéndose paulatinamente por todo su cuerpo.

Entretanto, la muchacha explicó:

—Me costó mucho tiempo averiguar quién eras, Romaine. No perteneces a ninguno de los organismos oficiales de tu país, y eso me desconcertó.

—¿Y...?

—No aclaré mucho en realidad; sólo conjeturas sobre un grupo muy reducido de profesionales de los que nadie sabe mucho, ni siquiera mis jefes. Hombres a los que solamente utilizan cuando hay algo muy sucio... o muy violento en perspectiva.

—Si has averiguado todo esto, no cabe duda que hiciste un buen trabajo.

—Tú eres uno de esos hombres. ¿Me equivoco?

—No en líneas generales.

—También supe que los responsables de la CIA odian esa organización y que han intentado abolirla por todos los medios.

—Empiezas a preocuparme.

Ella seguía moviendo los dedos con extraordinaria habilidad.

Romaine comenzaba a experimentar algo que no tenía nada que ver con la relajación del masaje.

Gabrielle murmuró:

—Me he tomado tanto trabajo por una sola razón: para que colabores conmigo, para que trabajemos juntos.

—No.

—¿Por qué no?

—Siempre me he movido solo. Me adiestraron para trabajar solo. Y una mujer en nuestro mundo es una bomba de tiempo bajo las posaderas, así que olvídale.

—No voy a olvidarlo. Aún confío en convencerte.

—Soñar no cuesta dinero.

Ella apretó un poco más los dedos. Él se estremeció de vivo placer y luego, de pronto, la muchacha se apartó y dijo:

—Creo que ya estás en forma de nuevo.

—Ciertamente, me siento como nuevo. ¿Quién te enseñó estas habilidades?

—Conozco otras.

La observó con el ceño fruncido. Una lenta sonrisa distendió sus labios.

—No me cabe duda. Y ya que estás aquí se me ocurre que sería una gran cosa olvidar los problemas por unas horas.

—¿Y hacer qué?

—No sé, tal vez una demostración de esas otras habilidades tuyas de que hablaste antes.

Gabrielle sonrió y sus ojos chispearon.

—¿Es posible que un hombre como tú sea capaz de tener también debilidades humanas?

—¿A qué llamas tú debilidades?

Alargó las manos y la atrapó por la cintura. Tiró y ella se dejó deslizar hasta quedar casi encima de él.

Quedaron mirándose larga y fijamente. La muchacha trató de descubrir los sentimientos de aquel hombre en el fondo de sus ojos pálidos, pero se estremeció al advertir que, a pesar de la situación seguían siendo tan fríos, despiadados e insensibles como los de un pescado.

—A pesar de todo...

No terminó, porque él inclinó la cabeza y sus labios se estrellaron contra su boca violentamente.

En el primer instante casi se asustó. Luego, aquel fuego líquido ardió como una súbita llama, penetrando dentro de ella y amenazando con abrasarle las entrañas. Una extraña debilidad la invadió, derramándose tumultuosamente, nublando sus sentimientos, apoderándose de su voluntad.

Enroscó los brazos en torno al cuello de él y devolvió el beso con el mismo fuego que le quemaba las entrañas. Le acarició los labios con la lengua y luego, en una vorágine sin límites, se hundieron en las profundidades del placer con una suerte de desesperación que les sumergía en el tumulto enloquecido de los sentidos.

Fue como si el tiempo se detuviera.

Como si se detuviera la misma vida...

* * *

El sol, derramándose sobre sus cuerpos desnudos, sobre la cama, les despertó casi al unísono.

Ella murmuró:

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé. Había olvidado esta sensación de paz y laxitud al despertar.

Gabrielle le alborotó los cabellos.

Él ladeó el cuerpo. Apoyó la cabeza en el regazo de la muchacha y murmuró:

—Daria la mitad de mi vida para que todo hubiera terminado y tú y yo no tuviéramos que preocuparnos de nada más que de vivir.

—¡Pero si ya terminó! El profesor está camino de tu país, bien custodiado. Era lo que él quería y esos esbirros trataban de impedirlo. Y tú los has exterminado. ¿Qué más quieres?

—¿Por qué intentaron matar al profesor?

Ella le miró, intrigada. Tendido allí confiadamente, sintiéndolo contra su cuerpo, contra su piel desnuda, experimentó una profunda ternura.

—La respuesta a eso es obvia, querido: para evitar que trabajara para Estados Unidos y Occidente.

Él la miró desde su posición. Vio los puntiagudos pechos sobre sus ojos, y más arriba la cara intrigada de la muchacha y sonrió.

—¿Crees que los rusos son idiotas, nena?

—No te comprendo.

—Piénsalo un poco. Hasta ahora, cuando alguien escapaba de su país y buscaba refugio en Europa o América, protestaban en todos los tonos, o intentaban obligarle a regresar, pero jamás asesinaron a ningún científico huido, y menos un hombre de la categoría de Dugalef. Saben que se echarían encima la opinión mundial. No, encanto mío, creo que nada ha terminado... todavía.

Su voz se extinguió.

Ella enarcó las cejas. Mike se había quedado dormido de nuevo, aplastado por el cansancio y la falta de sueño.

Gabrielle le contempló recostado sobre su regazo.

Le habría gustado comprender exactamente los sentimientos contradictorios que la dominaban, inquietándola, pero eso no resultaba nada fácil.

Hundió los dedos suavemente entre los revueltos cabellos de él y por primera vez advirtió conscientemente las hebras grises que salpicaban sus sienes. Permaneció muy quieta, mirándole, sintiendo todavía en los suyos los labios de él, y en su cuerpo las sensaciones que él había dejado.

Así transcurrió el tiempo. Gabrielle se adormecía a intervalos, y despertaba después sobresaltada, para descubrir que el hombre

continuaba allí, en su regazo, confiadamente. Cada ocasión en que sucedía eso sentía la impresión de que ambos se encontraban en un mundo en el que nadie más existía, sólo ellos dos.

Un hombre y una mujer, desnudos sobre una cama.

Más tarde, cuando Mike Romaine abrió los ojos pasando del sueño a la vigilia con la centelleante rapidez de los animales salvajes en la selva, recordó todo lo sucedido, sintió bajo su cabeza los muslos de la muchacha, y al mirar hacia arriba la vio dormida, recostada contra la cabecera de la cama.

Se incorporó poco a poco para no turbar su sueño. Fue a la cocina y preparó el café, y entre tanto entró en el baño y colocó la cabeza bajo el chorro de agua fría.

Al salir sorprendió a la muchacha mirándole desde el lecho.

—Bueno, ¿cómo te sientes, preciosa?

—¿Y tú?

—Maldito si lo sé. Algo debe haber cambiado...

—¿Qué hora es?

—El mediodía quedó atrás. ¿Te apetece café?

—Gracias. Sí. Y después te quiero a ti otra vez.

—Como desayuno —rió él.

De momento se fue en busca del café.

CAPÍTULO IX

El avión sobrevoló Venecia majestuosamente, esperando el permiso para aterrizar. Desde las alturas, la hermosa ciudad de los canales parecía una joya engarzada al borde del Adriático.

Romayne apagó el cigarrillo en el cenicero y cerró éste antes de repetir una vez más:

—Te quedarás en el hotel mientras yo soluciono mis problemas, y eso es definitivo, Gabi.

La muchacha ladeó la cabeza apartando la mirada de la ventanilla.

—Eres un tipo de ideas fijas, Mike. Quiero ver Venecia y no me quedaré en el hotel.

—Muy bien, pero en ningún caso tratarás de interferir en mi trabajo. Podrás pasear sola, admirar la ciudad o enamorarse a un apuesto gondolero, lo que quieras. Pero ni se te ocurra meter las narices en lo que yo haga. Y créeme si te digo que te arrepentirías si lo hicieras, a pesar de lo nuestro.

—No te pongas trágico. Tú olvidas que yo también soy una mujer entrenada. Podría ayudarte.

—Gracias, pero no. Siempre he trabajado solo y me ha ido muy bien. Estoy vivo y eso es una demostración de que no necesito la ayuda de nadie para rematar este asunto. El día que no pueda terminar un caso yo sólo renunciaré al trabajo, porque será que estoy acabado.

—Muy bien, búho, como quieras. Me dedicaré a vivir como una pacífica turista mientras tú te arriesgas por un motivo absurdo. Absurdo e inútil.

—¿Por qué absurdo?

—Fuera lo que fuere que te encargaron, tu misión terminó.

Conseguiste eliminar a la pandilla de asesinos que rastreaban al profesor. Éste debe haber llegado ya a América, bien custodiado, así que la cosa acabó para ti.

—Te dije que había algo muy extraño en todo este asunto. Además, Luchese está en Venecia y fue quien desencadenó la matanza, la ola de asesinatos, entre ellos el de Purcell. Quiero conocer a ese tipo.

Ella le miró, frunciendo las cejas.

—Tú no habrías emprendido este viaje solo por una... llamémosle *vendetta* particular. Luchese habría sido detenido por los Servicios de Seguridad italianos con sólo informarles.

Él suspiró. Era absurdo dejarse inquietar por algo que no pasaba de ser un presentimiento, sobre todo teniendo junto a él a la mujer más bella y apasionada que había conocido jamás. Era casi un sacrilegio ocuparse de otra cosa que no fuera ella.

Sin embargo, dijo:

—¿Recuerdas el informe inicial relativo al profesor?

—Seguro.

—Bueno, hay un detalle que siempre me ha intrigado. ¿Por qué los rusos lo reclamaron dos semanas antes de que apareciera en Londres por primera vez?

Gabrielle parpadeó.

—No sé, quizá estuvo escondido todo ese tiempo.

—El caso es que lo reclamaron condenadamente pronto y con todo un despliegue de medios diplomáticos. Sin embargo, cuando las autoridades inglesas lo aceptaron bajo su protección ya no volvieron a reclamarlo, como si se dieran por satisfechos. Sólo intentaron matarlo. Y otra cosa, ¿dónde encaja aquí ese maldito Luchese?

Ella suspiró.

—¿Por qué no lo olvidas todo de una vez? Estamos juntos, allá abajo nos espera Venecia y la vida es nuestra, sin órdenes, sin violencia, sin sangre. ¿Por qué no podemos vivir solo para nosotros mientras tenemos la oportunidad de hacerlo?

Mike no replicó.

El avión descendía suavemente. El crepúsculo teñía de oro las cúpulas de los palacios, las aguas de los canales y el mar.

De pronto todo desapareció y el avión tomó tierra, deslizándose

por la pista para acabar deteniéndose delante de la terminal.

Pasaron la aduana sin dificultad. La muchacha preguntó:

—¿Conoces Venecia, Mike?

—Estuve un par de veces aquí. Es una maravilla. Pero en esta ocasión iremos a un hotel donde no haya estado antes.

El hotel resultó un bello establecimiento de segunda categoría llamado Fiore. Las aguas del estrecho canal lamían sus muros y reflejaban las luces del rótulo y de las ventanas.

Eligieron una habitación que se abriera sobre la calle acuática. Desde la ventana, enlazados por la cintura, dejaron vagar la mirada por la belleza de las viejas piedras de los edificios, por las góndolas que se deslizaban suavemente sobre las mansas aguas, con su oscilante farol nocturno semejante a una gran luciérnaga.

—Es maravilloso —susurró la muchacha.

Obligándole a ladear la cabeza él la besó profundamente en la boca. Luego murmuró, sombrío:

—Es la primera vez en mi vida que admito a una mujer a mi lado mientras estoy metido en un asunto de esta índole. Jamás imaginé que hiciera algo semejante. Espero no tener que arrepentirme, Gabrielle. No lo olvides.

—Te quiero —replicó ella con sencillez—. Ésa es la única respuesta que puedo darte a tu parrafada.

—Está bien.

—Pero quisiera ayudarte.

—Vas a hacerlo —dijo él con una sonrisa—. Daremos un paseo en góndola, tú y yo. Un romántico paseo en la noche.

—¡Oh, Mike!

—Servirá para explorar el futuro campo de batalla.

—¡Maldita sea, has tenido que estropearlo al final!

Él rió entre dientes.

—Es más lógico para cualquiera ver a una pareja en una góndola que a un hombre solo.

—Me gustaría...

—No lo digas.

—¡Arañarte!

Salieron por el portalón que daba sobre el canal. Al pie de la escalinata de piedra había dos góndolas amarradas a unos postes que sobresalían del agua, pintados con franjas de colores.

Mike ayudó a Gabrielle a subir a bordo de una de las embarcaciones. Se instalaron bajo el orlado dosel, y tras una corta discusión con el gondolero éste prometió llevarle por los lugares más bellos y típicos de la ciudad.

Les llevó primero al Gran Canal, al puente de San Marcos, al palacio de los Dux, a...

Todos los lugares turísticos por excelencia.

La góndola se deslizaba sobre las agua, éstas chapoteaban contra el casco y de vez en cuando se escuchaba la dulce música de las trattorias y establecimientos que se abrían en las orillas.

Una situación románticamente ideal para un hombre y una mujer... si sólo hubieran sido eso. Pero el hombre era una eficaz máquina de pelear, duramente adiestrado, y no estaba en Venecia en viaje de placer.

De pronto Gabrielle susurró:

—¿Te das cuenta? El gondolero empieza a espiarnos con sospecha.

—¿Por qué?

—Ni siquiera me has besado una sola vez. Eso, para él, debe ser algo escandaloso.

—Bueno, podemos arreglar eso ahora mismo.

Se recostó en el tapizado asiento, atrayendo a la muchacha sobre su pecho.

El gondolero suspiró en la oscuridad y ya no volvió a prestarle más atención. Ahora, cada cosa estaba en su lugar.

Minutos más tarde, Romaine musitó:

—Es hora de que empecemos a trabajar, nena.

Con un suspiro, ella se apartó, recostándose a su vez en el respaldo y dirigiendo la mirada a las oscuras fachadas de piedra que desfilaban por su lado.

Mike asomó la cabeza y se dirigió al gondolero:

—Oiga, alguien me habló de cierto canal de Verona. ¿Queda muy lejos de aquí?

—No demasiado. ¿Quiere verlo?

—Nos gustaría.

La góndola giró en la primera esquina. Recorrió un laberinto de estrechos y oscuros canales y de pronto el gondolero anunció:

—Éste es, señor. El Canal de Verona.

Mike aguzó la mirada. Era un lugar más bien sombrío. Pálidas luces brillaban aquí y allá, apenas reflejándose en las aguas.

Las casas eran antiguas, extraordinariamente viejas y descuidadas. La erosión había maltratado las piedras venerables y amenazaban con arruinarlas a no tardar mucho.

Gabrielle murmuró:

—No es precisamente el sitio más atrayente del mundo...

En el lugar de replicarle, Romaine habló de nuevo con el gondolero.

—¿Conoce usted la villa de un hombre llamado Xanakis?

El interpelado se echó a reír.

—La villa Xanakis, sí, señor. Pero no hay ningún señor Xanakis.

—¿De veras?

—Es sólo el nombre de quien la construyó.

—Ya veo. ¿La hemos pasado ya?

—Todavía no. Ya le avisaré.

Resultó una casa de dos plantas, lóbrega y vieja. Unos amplios escalones de piedra descendían hasta el agua, y amarrada junto a ellos se mecía una lancha motora pintada de oscuro.

Pasaron frente a la casa despacio, sin que pudiera ver ni una luz en ninguna de sus ventanas. No obstante, la motora delataba la presencia de alguien en el edificio.

Era todo lo que Mike deseaba, de modo que dio orden de regresar al hotel y durante el trayecto de vuelta dedicó su atención a la muchacha, y no sólo para disipar las suspicacias del gondolero.

Antes de subir a su habitación compró un plano de Venecia en el puesto de periódicos. Una vez más pensó que ésta tampoco sería una noche normal en su vida, una noche dedicada al amor y al descanso.

Lo que, después de todo, era lamentable teniendo a Gabi al alcance de la mano...

CAPÍTULO X

Esta vez, Mike se aproximó a la casa caminando sobre el pavimento de piedra de una calle solitaria y oscura.

De pronto empezó a caer una llovizna mansa y suave. Pronto los canalones de plomo comenzaron a gotear y Romaine maldijo el inesperado chaparrón, porque no se había prevenido contra el agua.

Localizó el edificio de dos plantas. Por el lado de tierra firme estaba tan oscuro como por la fachada del canal.

Un vistazo a la sólida puerta antigua le indicó que no sería fácil abrirla. Siguió caminando calle abajo hasta doblar la esquina.

Así llegó al canal que antes había navegado. Había una estrecha acera desde la cual podía ver de refilón la fachada de aquel lado. Tampoco entonces pudo descubrir ninguna luz.

Volvió atrás, guareciéndose en el profundo portal de la casa que había frente a la habitada por Luchese.

Y esperó.

Quince minutos más tarde cesó la lluvia tan bruscamente como había empezado.

Otros quince minutos de espera, y al fin unos pasos resonaron en el callejón.

Una sombra se destacó, revelándole que se trataba de un hombre fornido que avanzaba pesadamente, chapoteando en los charcos de agua. Se detuvo delante de la casa que él vigilaba, y los golpes que dio contra la puerta de madera resonaron igual que propinados con una piedra.

Casi al instante la puerta se abrió. La luz tamizada del interior mostró la silueta del hombre y la del otro individuo.

Los dos desaparecieron dentro de la casa, la puerta se cerró y Mike oyó claramente el ruidoso girar de la llave en la anticuada

cerradura.

Ahora sabía que la puerta rechinaba al girar, y que la cerradura tampoco era silenciosa. Eso le dio mucho que pensar, tanto que decidió hacer las cosas de otra manera.

Abandonó su escondite y se dirigió al canal.

Recorrió la estrecha acera de piedra hasta localizar una góndola particular amarrada al pie de unos escalones. Saltó a la embarcación, soltó la amarra y, empuñando el remo con evidente torpeza, la apartó del amarradero.

Poco después llegó a la escalinata donde estaba amarrada la lancha motora, saltó a los peldaños y dejó que la góndola se alejara por su propio impulso aguas abajo.

Antes de acercarse al portalón entró en la motora. Hubiera sido una gran cosa encontrar las llaves en el encendido por si había que salir precipitadamente de la casa, pero no estaban.

Subió los escalones. La cerradura de la puerta no era tampoco un modelo nuevo. Comenzó a trabajar en ella, confiando en que los hombres que hubiera en la casa estuvieran más cerca de la calle que del canal.

Al fin la cerradura cedió con un ruidoso chasquido. No pudo evitar tampoco un ligero chirrido de la puerta cuando la abrió, lo justo para deslizarse al oscuro interior.

Esperó hasta que sus ojos se habituaron un poco a la negrura total que le envolvía. Entonces avanzó con cautela, tanteando con infinito cuidado para evitar ruidosos tropezones.

Encontró el inicio de unas escaleras, que rodeó sigilosamente.

Pronto oyó voces ahogadas en alguna parte. Guiándose por ellas llegó a una estancia desprovista de muebles, con varias puertas alrededor. Por debajo de una de ellas brillaba una línea de luz.

Empuñó la Magnum y pegó el oído a la madera. No pudo entender lo que hablaban porque la madera era demasiado gruesa, pero comprendió que los hombres hablaban en rápido italiano.

Tras infinitos y cuidadosos esfuerzos, consiguió abrir la puerta una pulgada. Entonces las voces fueron claras y comprensibles.

Una de ellas estaba diciendo:

—¡Maldito si importa lo que tú crees, Alessandro! Las noticias ya no pueden ser más alarmantes. Todos los hombres que envié a Cannes, muertos. Úrsula, envenenada... ¿Cómo infiernos pudieron

hacerlo?

—Alguien debió descubrirlos.

—Aunque así fuera. La policía no actúa de ese modo, y los tipos del espionaje les hubieran detenido para interrogarles. Pero, por lo poco que sé, se limitaron a matarlos sin más.

Sonó un bronco gruñido del otro.

Mike acabó de abrir la puerta y dijo:

—Quizá yo pueda aclararles lo que tanto les intriga, camaradas.

Los dos hombres se volvieron como centellas. Se encontraron mirando la negra boca de la pistola y eso les inmovilizó.

Romayne preguntó amablemente:

—¿Cuál de ustedes es Luchese?

Cambiaron una mirada. El hombre corpulento que viera entrar en la casa dijo:

—Yo me llamo Luchese. ¿Cómo entró aquí?

—Filtrándome por las paredes. Tú, Alessandro, saca las armas que lleves y déjalas caer al suelo. Después, quítale la artillería a tu jefe, y mucho cuidado como lo haces porque si sospecho que intentas alguna jugarreta eres hombre muerto. Tan muerto como Anton Zog, Vanini y los demás.

Luchese balbuceó:

—¿Quién es usted?

—El verdugo. Yo pregunto. Ustedes respondan, sólo eso y todo irá bien. Muévete, Alessandro.

El hombre tenía un aspecto enfermizo. Cumplió las órdenes a rajatabla, de modo que dos pistolas fueron a parar sobre la alfombra.

—Eso está bien. Ahora atrás, siéntense en esas sillas mientras yo recojo estos petardos.

Después de hacerlo, comentó:

—Tenía grandes deseos de conocerte, Luchese. Tus hombres me hablaron muy bien de ti... después de cierta persuasión.

A pesar del sarcasmo de aquella voz glacial, el rufián comprendió que los hombres de Cannes habían hablado antes de morir. Eso resultaba casi inconcebible, porque todos ellos habían sido unos tipos muy duros.

Y ahora estaban muertos.

De pronto dio un respingo. Creyó comprender y barbotó:

—¿Fue usted quien...?

—Ni más ni menos.

—¿También a Úrsula?

—Igual que a los otros. No vi ninguna diferencia entre aquella víbora y tus demás matarifes.

—Entiendo. ¿A qué ha venido?

—Quería conocerte.

—¡Al grano! No vamos a perder toda la noche con palabras.

—Ahí es donde te equivocas. Vas a pasar una noche muy larga. Tan larga que ya nunca más verás otro amanecer.

Luchese se estremeció a pesar de su dominio. No tanto por la amenaza como por la frialdad helada de la voz con que había sido hecha.

Instintivamente dio unos pasos adelante, gruñendo:

—¡Está loco si cree que saldrá vivo de esta...!

No terminó. La pistola tronó como un cataclismo. La primera bala le abrió un doloroso surco en la pantorrilla y una segunda pasó alborotándole los cabellos.

—Eso es sólo una advertencia, Luchese. Si tienes interés en morir, sólo repite lo que intentabas.

Retrocedió maldiciendo en voz alta, renqueando porque la pierna le dolía como el infierno.

Alessandro no apartaba la mirada del intruso. Le vio pendiente de su jefe y creyó llegada su oportunidad.

Recibió la primera bala cuando saltaba contra Romaine. La segunda le cazó cuando caía y el impacto del pesado proyectil le empujó hacia atrás, derrumbándose con estrépito sobre la mesa. Ésta y el cuerpo rodaron por el suelo, tan inertes uno como la otra.

Luchese le miraba como si no pudiera creer lo que veía.

Mike dijo:

—Con paredes de piedra tan gruesas no creo que los disparos alarmen a nadie fuera de la casa. Tú vas a seguirle al infierno sólo con que muevas un dedo.

—No comprendo qué se propone. No entiendo nada.

—Tú enviaste hombres para asesinar al profesor y a cuantos se interpusieran en su camino. Obtuvieron éxito y desencadenaron el infierno, aunque no pudieron asesinar al profesor. Nunca estuvo donde tus hombres creían.

Una leve sonrisa aleteó en los labios de Luchese.

—Mala suerte —dijo.

—Tan mala como la tuya, porque si no hablas antes de un minuto, contándome toda la historia, mi curiosidad se habrá desvanecido y te reunirás con tus compinches.

—¿De veras piensas que me asustará hasta el extremo de hablar?

—Eso puedes jurarlo. Tus hombres hablaron, y eran hombres muy duros.

—No pudieron decirle nada importante, porque nada sabían.

—Me dieron tu nombre y la indicación de esta casa. ¿Te parece poco?

—Para lo que usted quiere saber eso no tiene la menor importancia. Yo jamás hablaré.

—Cambiarás de opinión. Ya me cansé de discutir.

Dio un paso adelante.

No llegó a dar el segundo porque el techo pareció desplomarse sobre su cabeza, el mundo estalló en una llamarada y luego se apagó y todo fue negrura.

Ni siquiera notó el golpe contra la alfombra cuando cayó de bruces.

CAPÍTULO XI

Como una bestia salvaje, el dolor laceraba sus pulmones a cada aspiración. Romaine oyó su propia voz al gritar de agonía.

No importaba. Nada importaba ya, porque el orgullo era sólo una palabra sin sentido y todo se resumía en otra mucho más significativa:

¡Dolor!

Ignoraba el tiempo que llevaba sujeto a aquella especie de potro de madera, en el abovedado y húmedo sótano por cuyas paredes el agua se deslizaba entre el limo oscuro y verdoso.

Tampoco sabía a ciencia cierta qué habían hecho con él para que la tortura fuera tan intensa, tanto el dolor y la agonía inacabable.

Primero había creído estar ciego. Luego, cuando razonó, comprendió que la supuesta ceguera era debida a la sangre que inundaba sus ojos, y parpadeó débilmente hasta conseguir una turbia visión de lo que le rodeaba.

Así había descubierto ese sótano y que le habían dejado solo.

La locura del dolor se acrecentaba a cada instante, a medida que su mente se aclaraba. A juzgar por el terrible tormento en todo el cuerpo, debían haberle roto hasta el alma para sentir tal suplicio.

Oyó cierto alboroto en alguna parte. Creyó escuchar incluso un estampido y gritos. Luego, los pasos de sus verdugos.

Eran dos hombres a los que nunca había visto. Delgados, fibrosos, con rostros cetrinos e inexpresivos.

Uno dijo:

—Luchese está muy ocupado por el momento, pero nosotros vamos a seguir con usted, a menos que decida responder a lo que le hemos preguntado antes.

—Muérete, camarada.

—Como quiera.

—De todos modos —jadeó—, ¿qué quiere saber Luchese?

—Se lo pregunté antes, desde el principio.

—Con todo... lo que he soportado, lo olvidé.

—Bueno, quién es usted, para qué organización trabaja, quiénes son sus jefes, qué averiguó en Cannes... Toda la historia. Completa.

—Luchese esperará hasta el día del juicio.

El otro rezongó:

—Espléndido. Así es más divertido.

Empezaron otra vez. Mike hubiera perdido la razón de haber sabido lo que hicieron con él. Afortunadamente, perdió el conocimiento.

Cuando, esporádicamente, recobraba el sentido, el dolor le atravesaba como mil espadas al rojo vivo. Todos los tormentos del infierno le zarandeaban en esas breves ocasiones.

Le arrojaron agua fría para que reaccionara. Luego empezaron de nuevo.

No supo cuánto tiempo más tarde volvió a la vida y vio la sonriente carátula de Luchese inclinado sobre él.

—¿Me oye, mi estimado amigo? —le espetó el italiano.

—S... sí...

—Ha sufrido usted mucho, aunque supongo que eso ya lo sabe. ¿No es cierto?

Mike no replicó. Necesitaba ahorrar energías para soportar lo que estaba seguro que iba a seguir.

Pero Luchese añadió:

—No vamos a torturarlo más. Sin embargo, usted hablará.

—Ol... vídelo... no lo conseguirá en... en todos los días de su... de su puerca vida...

—Bueno, entonces su bella amiga sufrirá lo mismo que usted.

Romayne se sintió morir.

—¿La... tienen...?

—Seguro. Ella misma vino a nuestras manos. Intentó asaltar esta casa y mató a uno de mis hombres, pero pudimos cazarla al final. Dice que quería ayudarlo a usted. ¿Un amor profundo tal vez?

Se rió a carcajadas.

Romayne apretó las quijadas. Había creído resistir lo peor que

podiera sucederle. Encajar todo el dolor del mundo durante aquellas horas de infierno, y ahora sabía que podía haber un dolor más atroz, mucho más profundo.

Luchese dijo:

—Así que hable, y pronto. Tenemos a su hermosa amiga en una estancia, ahí al lado, para que la oiga gritar de dolor si nos obliga a... Bueno, ya sabe.

¿Por qué había accedido a traerla con él? La única vez en toda su vida que admitía una mujer a su lado y se hundía todo a causa de ella.

Luchese se encogió de hombros.

Ordenó:

—Acercadle al muro para que oiga mejor...

Los dos esbirros soltaron las ligaduras y le empujaron. Rodó a un lado y cayó al suelo. El batacazo le arrebató de nuevo el conocimiento.

Cuando recobró la consciencia oyó gritar a la muchacha.

Estaba tendido junto al muro y creyó volverse loco. Pensó en qué le estarían haciendo aquellas bestias sedientas de sangre.

Gabrielle aulló otra vez. Un alarido lacerante como el filo de un cuchillo.

Sollozando, Romaine trató de gritar pero ni siquiera tenía voz. Estaba más muerto que vivo.

Intentó también levantarse y cayó de bruces, golpeándose la sangrante cara contra las piedras del suelo.

Ellos sabían en qué estado se encontraba, estaban seguros que no podía moverse. Y tenían razón.

Gabrielle volvió a gritar. Toda la agonía del mundo parecía desprenderse de aquel alarido.

Mike Romaine aullaba para sus adentros. Respiraba lo mismo que una bestia herida, lacerada y salvajemente furiosa.

Quiso gritarles que se detuvieran. Estaba dispuesto a revelarle a Luchese todo lo que quisiera saber con tal de que dejara en paz a la muchacha.

Sólo que no la libraría. Todo lo más les matarían rápidamente y todo eso saldrían ganando.

El sabor de la sangre en la boca le daba náuseas. Se arrastró despacio y apoyándose en el muro intentó incorporarse.

Cayó igual que antes, el cuerpo roto y lacerado, sin fuerzas.

Volvió a intentarlo y volvió a fracasar.

Gabrielle emitió un sonido espeluznante, como él no recordaba haber oído en su vida.

Sus uñas se hincaron salvajemente en las piedras resbaladizas del muro. Poco a poco se izó de rodillas y así se quedó, respirando, ahogándose con la tempestad de dolor y de cólera que le dominaba.

Esa misma cólera y el pensamiento puesto en la muchacha le empujaron a realizar algo que parecía fuera del alcance de sus fuerzas.

Levantarse.

Buscaba las juntas de las piedras y allí hundía sus uñas, que se rompían añadiendo un nuevo dolor a todos los otros. La sangre brotaba de los extremos de sus dedos, pero se erguía despacio... despacio...

Lo consiguió y quedó pegado al muro, sollozando en silencio. Le habían hecho tanto daño que era sólo una masa de músculos, cada uno de los cuales parecía gritar de dolor.

Apoyándose en la pared se deslizó paso a paso hacia el arco por el que llegaban los gritos. Casi llegaba a él cuando sus piernas se aflojaron otra vez. Sus manos, instintivamente, se aferraron a una repisa de piedra que había junto al portal, el arco que parecía esperarle.

Agotado, ahogándose, se apoyó desesperadamente en la repisa. No sabía qué iba a hacer, pero hablaría y así dejarían de torturar a la muchacha. Por lo demás, no tenía fuerzas ni para pelear contra un niño de cuna.

Sus manos seguían apoyándose en la repisa, deslizándose por ella para sostenerse. Iba a derrumbarse otra vez y la salvaje desesperación que sentía le hizo aferrarse a la piedra, intentando sostenerse...

Algo que no era piedra resbaló entre sus dedos. Se aferró a aquello, creyendo que le sostendría, pero lo que fuere se desplazó y él cayó una vez más, exhausto, aún aferrado obstinadamente a lo que fuere que le había fallado.

Oyó la voz iracunda de Luchese:

—¡Grita, maldita, grita para que él te oiga!

Sólo se oyó un rasgado quejido de la muchacha.

Luchese volvió a rugir:

—¿Quieres gritar de una vez? Es casi la hora de la comunicación con el profesor y no puedo estar aquí toda la noche. ¡Grita, grita!

Mike apoyó los codos en el suelo. Sus dedos tanteaban lo que había arrastrado con él desde la repisa, algo duro, frío, familiar para él.

Ya no pensó en levantarse. Se arrastró como un gusano hasta el arco y desde allí vio a los dos hombres inclinados sobre una forma imprecisa, y a Luchese un poco apartado, erguido y poderoso.

Romayne levantó la pistola sujetándola con las dos manos. ¡Su propia pistola, que alguien demasiado seguro de sí mismo había abandonado en la repisa de piedra!

Contuvo la respiración y apretó el gatillo. El trueno del disparo se fundió con el alarido del hombre al que la bala tiró primero contra la mesa, y luego cayó hecho un ovillo.

El otro se volvió en redondo. La bala le reventó la cabeza, tirándole de espaldas casi decapitado.

Luchese rugió y su mano desapareció en busca de un arma.

Romayne apretó el gatillo. La bala se hundió en la barriga del asesino y Luchese se desplomó aullando. Quedó de rodillas, las manos engarfiadas en el estómago. La sangre saltó entre sus dedos.

Castañeteándole los dientes, Mike se arrastró hacia donde estaba Luchese, acurrucado sobre sí mismo, gimoteando con el enorme proyectil ardiéndole en las entrañas.

Mike cayó de bruces a corta distancia de él. Los dos se miraron con un odio inmenso.

Luchese se estremeció. Con enorme esfuerzo apartó las manos chorreantes de sangre del estómago y trató de alcanzar el arma en su bolsillo.

Tumbado en el suelo, Mike basculó un poco la pistola. El negro ojo de la muerte se fijó en el asesino.

Luchese gritó algo con una voz que era un quejido.

Romayne parecía reír cuando apretó el gatillo. Hubo un fogonazo ante los ojos desorbitados de Luchese y la bala le atravesó la garganta, casi arrancándole la cabeza de los hombros.

Con un sollozo, Romayne hundió la cara en el suelo y todo su cuerpo se relajó al perder el conocimiento una vez más. Fue lo mismo que si entrara al fin en la negrura del infierno.

CAPÍTULO XII

Estuvo bordeando la laguna de la muerte días y días en un hospital.

Luego vivió y los médicos estuvieron dispuestos a creer en un milagro.

Uno de ellos, tras otra larga y dolorosa cura, un siglo más tarde, comentó:

—Sólo su extraordinaria fortaleza física le ha salvado, amigo. ¿No le alegra vivir? Tiene mala cara.

—No estoy seguro de que valga la pena. ¿Dónde está Gabrielle?

—¿La señorita Valberg? Se pondrá bien. No estaba tan grave como usted.

—Quiero verla.

—Más adelante.

Le pusieron una inyección y se durmió.

Pero como siempre que el sueño le vencía, horribles pesadillas se apoderaban de él.

Volvía a sufrir todos los tormentos del infierno, y oía los lacerantes gritos de Gabrielle y la voz iracunda de Luchese.

Entonces despertaba bañado en sudor, sumergido en un mar de angustia y pasaban varios minutos antes de que recobrara la cordura.

Y un día, al abrir los ojos, vio a Gabrielle.

Estaba junto a su lecho vestida con ropas del hospital.

Llevaba una venda en torno a la cara, un brazo en cabestrillo y parecía extrañamente pálida y lejana.

Pero sonreía.

¡Aún podía sonreír!

—Hola, Mike —musitó.

—Gabi...

—Dicen que estarás aquí un mes como mínimo.

—¿Y tú?

—Estoy bien. Todo pasó.

Él sacudió la cabeza.

—No —murmuró—. No pasó todo.

—Olvidarás, Mike. El dolor, la angustia, el terror... todo lo olvidarás. Yo empecé a olvidarlo cuando abrí los ojos en este hospital y descubrí que aún estaba viva.

—Eres la mejor chica que conocí jamás. ¿Qué te hicieron?

—No quiero saberlo.

Sus ojos dejaron de sonreír por un momento. Mike notó cómo la angustia se apoderaba de él otra vez.

Ella musitó:

—Ahora que todo ha terminado, Mike, tú...

—No terminó —rechinó entre dientes—. He de volar a Washington cuanto antes.

—No, Mike.

—Es preciso. Las pesadillas, Gabrielle, tus gritos, Luchese...

—¿Qué?

—He vuelto a vivir aquel infierno cada vez que me quedaba dormido. Oía tus gritos, la voz de aquel engendro... ¡La voz de Luchese! Y ahora sé.

—No comprendo. ¿Qué sabes?

—La verdad.

El médico gruñó:

—Está excitándose demasiado, *signore* Romaine. Debe descansar.

Gabrielle se inclinó sobre él. Con sus labios rotos y apenas cicatrizados besó suavemente los de él.

—Descansa, querido.

—¡Gabi...!

Pero ella se fue y le dejaron solo.

Tardó más de un mes en abandonar el hospital, y aún entonces lo hizo andando como un viejo de mil años, apoyado en un bastón, vendado, hecho pedazos.

Pero ella estaba allí esperándole, ayudándole, sosteniéndole... rumbo al aeropuerto.

Durante el trayecto apenas hablaron. Ella sólo susurró:

—Los primeros días la policía no nos perdía de vista. Querían saber. Después, de repente, se desentendieron de nosotros. Ninguno volvió a importunarme.

—Les dieron instrucciones. No me sorprende.

Poco después, los dos abordaron un avión... rumbo a América.

* * *

El hombre sentado al otro lado de la mesa gruñó:

—Si no supiera la clase de hombre que es usted, Romaine, creería que la tortura le volvió loco.

—Eso no me sorprendería ni a mí, pero me cree. ¿No es cierto?

—En parte. Lo he preparado todo para que usted y él tengan una entrevista aquí. Veremos cómo reacciona.

—No reaccionará. Sólo puede mostrarse ofendido, ultrajado, nada más.

—Pruébelo.

El odio, la cólera más absoluta, relampagueó en la mirada de Romaine.

—Ese maldito farsante provocó todo esto. Tiene que pagar.

—Dígaselo a él.

Sonó una llamada a la puerta y dos hombres entraron. Uno era un agente del FBI destinado a la custodia permanente del valioso hombre de ciencia.

El otro era el profesor Dugalef.

Éste avanzó hasta la mesa. Era de mediana estatura, un tanto rechoncho, y unos gruesos lentes cabalgaban sobre el puente de su nariz ganchuda.

El hombre sentado al otro lado dijo:

—¿Conoce usted a Romaine, profesor?

—No, pero creo que alguien mencionó su nombre cuando me trajeron a este país.

—Justamente. Y debió oír otras muchas cosas —intervino Romaine—. Por ejemplo, que Luchese murió.

—¿Luchese?

—Se acabó la comedia, profesor. Por usted murieron multitud de hombres y mujeres. Por usted una muchacha fue torturada horriblemente y lo mismo hicieron conmigo. Tanta sangre vertida

por un sucio traidor como usted.

—¿Está loco? —balbuceó el científico—. ¡No tiene derecho a tratarme de ese modo! Se me prometió respeto y protección.

—Usted no merece ni una ni otra cosa. Usted, el brillante bacteriólogo que escogió la libertad, que huyó de Rusia con los secretos de sus armas químicas y bacteriológicas con la pretensión de trabajar en América en su misma especialidad.

—¡Y eso es justamente lo que estoy haciendo!

—Miente, hijo de perra.

—¿Van a dejar que siga insultándome de ese modo?

El hombre del FBI miró al hombre sentado al otro lado de la mesa, pero éste esbozó un gesto y permaneció al margen.

Así que Mike añadió:

—Luchese cometió un error cuando se creía seguro, su único error. Y va a costarle a usted el pellejo. Luchese estaba impaciente por comunicarse con usted a una hora determinada. Él era un intermediario, porque usted no desertó para trabajar con este país, sino para, valiéndose de su posición, apoderarse de nuestros secretos, de nuestras armas químicas. ¿No es cierto?

—¡Lo niego rotundamente!

—Está en su derecho, aunque no va a servirle de nada. Es cierto que huyó de Rusia... y desapareció durante dos semanas, mientras los rusos se desgañitaban exigiendo que Occidente le devolviera a su país. Sólo que en Occidente nadie sabía una palabra de usted todavía porque se encontraba aún en Albania... donde le esperaban emisarios de Pekín. Traicionó a Rusia, eso es cierto, y nos iba a traicionar a nosotros proporcionando a los chinos los secretos de ambos países.

—¡Intentaron matarme! —chilló el ruso.

—¿En la voladura del avión? No, maldito sea usted. Eso fue una pantalla para afianzar su posición ante nuestros ojos. Si pensábamos que preferían matarle antes que dejarle trabajar para Occidente, todo el mundo creería en su lealtad y en el valor de sus conocimientos, se disiparía cualquier duda que aún pudiera haber. No les importó sacrificar setenta vidas inocentes.

El federal escuchaba ahora con todos los sentidos alerta. Aquello era nuevo para él y apenas podía creerlo.

Mike prosiguió:

—Fue una suerte que Albania no tuviera un eficiente servicio exterior. Eso les obligó a contratar delincuentes italianos por medio de Luchese, el único profesional fiel a los dictados de sus amos, fanático hasta la médula. La comedia acabó, profesor.

—No puede probar nada de esto. Está usted loco.

—No necesito otras pruebas que las que ya poseo. Yo le he juzgado y condenado... y voy a ejecutarle.

Mike se levantó renqueante.

El federal dio un respingo, pero una seca orden del hombre de la mesa volvió a inmovilizarle.

Una pistola apareció en la mano de Romaine. Dijo:

—Haga salir a ese muchacho tan bien trajeado, y usted vaya a tomarse una taza de café, señor. Voy a acabar con esto de una vez.

El hombre de la mesa se levantó pesadamente. La mirada del ruso se desorbitó.

—No pueden hacerme eso... ¡no pueden hacer eso en este país!

—Usted qué sabe.

El hombre de la mesa se dirigió a la puerta.

El federal, desconcertado, gruñó:

—¡Espere un minuto!

—¡Fuera!

Titubeó.

El ruso dio un salto escudándose detrás del hombre que ya llegaba a la puerta.

—¡Tiene que protegerme! —aulló—. No deje que me mate...

—Sólo si confiesa la verdad podré protegerle. Romaine pasó por un infierno por su culpa, profesor, y tiene ciertos derechos.

—¡Lo diré todo, pero no deje que me asesine!

La pistola emitió un chasquido cuando el seguro saltó fuera del engarce.

El profesor casi cayó de rodillas, aferrado al hombre que le cubría.

—Muy bien —dijo éste—. Espere fuera, Romaine.

—Ese tipo me pertenece, señor.

—Se le entregará si miente.

Mike esbozó una mueca de disgusto y salió.

Pero tan pronto hubo cerrado la puerta soltó una risita entre dientes.

A pesar de su cojera echó a andar por el dédalo de pasillos mucho más ligero de lo que cabía esperar.

En el vestíbulo, Gabrielle esperaba impaciente. Ligeras cicatrices quedaban aún en su hermoso rostro, pero sabía que desaparecerían con el tiempo.

Y quedaban sus labios rojos y anhelantes.

Él los besó.

Quedaban sus ojos llenos de amor, y quedaba su cuerpo fuerte que había resistido el infierno y ahora ansiaba vivir y sentir.

Salieron a la acera, a la fría mañana de Washington.

Ella murmuró:

—¿A dónde vamos?

—A cazar un taxi. Tengo dos pasajes reservados para París. Cannes es delicioso en este tiempo, fuera de temporada, cuando las manadas de turistas se han ido.

—¡Mike!

—¿Si?

—Tú y yo, en Cannes...

—Solos.

—¿Por cuánto tiempo?

—Todo el que puedas soportarme. He presentado mi renuncia de modo irrevocable. ¿Está bien?

Ella sonrió de aquel modo adorable que a él le producía vértigo.

—Yo la presenté hace un mes, querido.

—¡No me digas!

En medio de la acera la rodeó con los brazos apasionadamente. Buscó su boca y se besaron sin inhibiciones, con todas sus ansias.

La gente se volvía a mirarlos, escandalizada o risueña, según.

Pasaron taxis libres, pero ellos los ignoraron.

Alguien hizo sonar repetidamente un claxon de modo burlón. Tampoco se enteraron.

Fue preciso un guardia para que volvieran al mundo que les rodeaba. Riéndose, echaron a andar y el policía uniformado quedó en la acera, perplejo y sacudiendo la cabeza.

Ellos ya estaban rumbo a Cannes, rumbo a sus sueños.



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas)(para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron(en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.